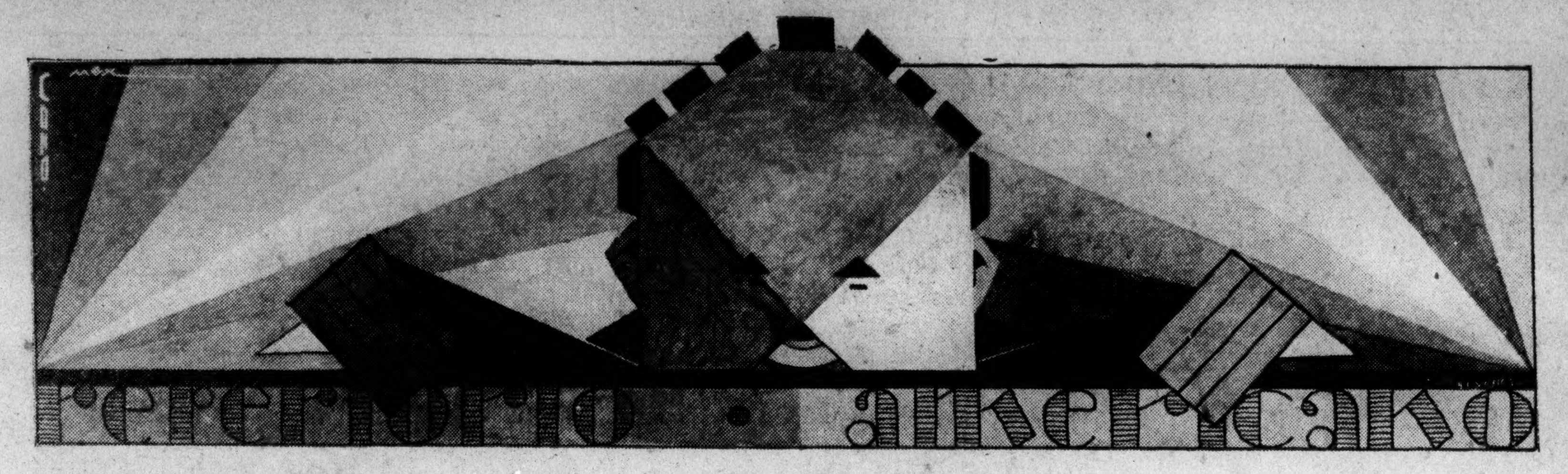


Tomo XVI (Dibujo de E. Cono) Núm. 9

San José, Costa Rica **1928** Sábado 3 de Marzo

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO:

Hacia una Liga Sarmentiana.................... *Gabriela Mistral*
La idea de Rivadavia retornando en Australia. *C. Villalobos Domínguez*
Página lírica.................................... *Ventura Gassol*
Rápido viaje de inspección por las tres Américas *Gonzalo de Reparaz*
Oratoria de sobremesa.......................... *B. Sanín Cano*
Los malditos..................................... *José Restrepo Jaramillo*
Correspondencia.................................. *John Nevins Sayre, C. Villalobos Domínguez y Magda Portal*
Tablero (1928).....................................
Apreciación.. *G. Castañeda Aragón*



¿Qué hora es...?

Muchas veces me he quejado ante usted, tan comprensivo entre los pedagogos, de que los hombres de su gremio encargados de preparar la vida futura no suelen enterarse de las cosas sino cuando son ya pasadas.

José Ortega y Gasset

Hacia una Liga Sarmentiana

Me ha llegado su libro (1) en momento de mucha pesadumbre. La Asociación de Profesores de Chile, la única agrupación de hombres que yo sentía viva en Chile, cuyo coraje me hacía esperar en una *volteadura* de la escuela primaria y cuyos pequeños errores yo miraba sin enfado, por agradecimiento de la entraña cargada de bien que les sentía, o se ha acabado o se acabará pronto. Cae por un escándalo que se ha levantado en torno de ellos por gente que no los ha oído sino que ha obrado por el muy vil «dicen que dice», con lo cual en nuestra América se mata la reputación de un hombre o de un grupo. Una Ud. este duelo casi personal a la pena cotidiana que siento observando en Europa el éxito creciente de un nacionalismo rabioso que prepara otra guerra para de aquí a 5 o 10 años. Los libros que leen los niños se hallan infectados de este paganismo brutal y estúpido que es la soberbia local y el odio hacia el que tiene su casa ahí cerca, al otro lado del río, como quien dice. Acaba de proponerse a la Cámara francesa una ley que movilizará viejos, mujeres y niños en tiempo de guerra y que... declara que los intelectuales deberán ajustar su criterio al de la nación—léase del Estado—y adoptarlo en su trabajo (artículo de diario, libro, etc.) Lea Ud. en la Revista *Europa* la noble respuesta de Romain Rolland sobre esta movilización de las conciencias. Se mira la mitad de la América nuestra en cacicazgo, en no se qué resurrección de la tribu, y el corazón se aprieta...

Su libro me ha confortado un poco. *Un poco*, porque, aunque Ud. diga que el fondo suyo es optimista a mí me parece más bien desesperado. Los enemigos que Ud. señala son muy fuertes y hay todavía más enemigos de los que Ud. exhibe. De todos modos conforta ver un valor civil completo que se pone en medio de la plaza a pedir salud, desinfección, lealtad y hora meridiana para la educación popular, sacrificando con ello amistades, paz, sosiego y hasta reputación. Porque al voceador de males le va muy mal en este mundo, amigo Barcos.

Ordeno un poco esta carta, en bien suyo y mío.

La Argentina.—Se conoce que vivimos «pared por medio» en la semejanza de nuestras miserias. Su formidable crítica conviene a la enseñanza nuestra absolutamente. Acaso sirve lo mismo para el resto de la América. Por ser común el mal, debería hablarse de él sin quemadura de amor propio. Hay verdaderas taras de raza en esta dolencia de la educación sudamericana. El español era, y sigue siendo, magnífico tipo de hombre, pero estaba tarado de estas llagas: el sentido aristocrático de la cultura, la pereza y la vanidad metidas dentro de su *aristos*, un desdén fabuloso, un desden insensato hasta la estupidez, del trabajo manual, cierto apego a la *letra* que apaga el espíritu, a pesar de sus místicos que odiaron la letra; y la consabida falta de organización que hizo su fracaso de colonizadores. Ud. sabe, mi amigo, que muy a la larga se mella una herencia; un siglo apenas si la muerde.

Pero volvamos a la Argentina. Al revés de los que llaman a Ud. un sin patria, yo le siento un celo tan vehemente que quema, por la honra de su país. La Argentina se creó, con Sarmiento, un prestigio educacional, cierto mayorazgo de la cultura democrática que fincaba —y finca todavía— especialmente, en la escuela primaria. Le tocó en suerte dar el primer presidente que no era ni un matón ni un trapecista de la política, es decir, que no pertenecía a ninguna de las dos castas fétidas del hombre público sudamericano. La Argentina es grande porque el anverso de su riqueza—cosa esta nociva a un pueblo de todos los tiempos—es precisamente el Sarmiento civilizador, con pasión no vista sino en nuestro Vasconcelos, de construir al hombre español de nuevo, en igualdad humana y en cultura. Quítesele a la Argentina su Sarmiento y, con San Martín y todo, y aunque yo respeto muchos hombres suyos, ella pierde los dos tercios de la mayoría de edad que la atribuímos los segundones: Chile, Perú, etc. Ud., pues, con su sarmentismo, vigila lealmente la honra argentina. Es su país quien debe quemar el primero la escuela vieja, antes de que la polilla se extienda por su cuerpo con esa suavidad de algodón por la cual los otros maestros no se dan cuenta de su mal; es la Argentina quien debe volver a

1 Julio R. Barcos: *Cómo educa el Estado a tu hijo.* Buenos Aires. 1927.

decir la palabra de salvación para ella y para los demás. Yo creo que lo hará: yo he sentido a su tierra un pulso vital y una voluntad de creación que sólo se siente en Norte América, y que me ha conmovido.

Dirá alguno: ¿Por qué se mantiene ese ritmo poderoso de vida si la escuela, como se dice, está agarrotada? Sencillamente porque en la Argentina las enfermedades criollas son contrapesadas o detenidas por esa inmigración enorme que los demás países nuestros no tienen y que le manda en 10 años la sangre que los demás rejuvenecen en 50. Que la Argentina con esa intrepidez tan suya, que le aportan el alemán, el judío y el italiano, quiera ser el Discóbolo de ésta y todas las reformas, y siga aceptando *la honra de probar, de ensayar los tipos nuevos, lo mismo de gobierno que de escuela,* los que pasarán desde ella a los otros países. Corresponde a los organismos ricos este *lote de riesgo y de hazaña.*

Mi amigo, yo creo en su Ministro Sagarna. Le he conocido una sencillez llena de modestia, que es la puerta abierta por donde pueden pasar muchas iniciativas. Porque la soberbia mestiza, la ridícula soberbia de nuestra gente y que yo he probado cuántas veces en el Ministro analfabetamente olímpico (perdone el vocablo no castizo), señor tieso de puro miedo de que el moverse le descubra la armazón de pobre diablo, el meteco hecho personaje oficial por nuestras pobres políticas, ese sí para en seco las iniciativas. Un hombre que no oye porque no está nunca seguro de sí sabrá contestar, y que, sobre todo, hace entre él, ministro por un semana o un mes, y el maestro primario, hombre de vida entregada a un oficio, un espacio que ni los dioses griegos establecían de cielo a tierra, es criatura con la que no cabe sino la sonrisa o la desesperación. Yo que no sé reir y aliviarme con la ironía, viví mientras fuí maestra, desesperada de mis manos y mis sesos inútiles, puestos por el reglamento, al margen de cualquier creación eficaz.

Hay más que acogida cordial en el ministro Sagarna: él lee, él recibe el reflejo del movimiento educativo de otras partes. *Es un informado y un atento.* De su inteligencia no hablo, aunque la tiene; la inteligencia está desacreditándose mucho en la América... Se entiende casi todo y no se hace nada, porque la pasión del bien no la calienta.

¿Por qué no habíamos de formar una ***Liga sarmentiana por la educación nueva*** en la América, y llevar al doctor Sagarna sus aspiraciones? Créame que cuando he pensado en este grupo de libertadores de los niños (los libertadores de hombres hicieron su faena en San Martín) yo cuento de anticipado con él y no cuento con más de dos ministros de Estado en los otros países.

El Estado docente.—Como a Ud. me parece a mí calamidad el Estado docente, especie de trust para la manufactura unánime de las conciencias. Algún día los gobiernos no harán sino dar recursos a las instituciones y los particulares que *prueben* abundantemente su eficacia en la educación de los grupos. Pero Ud. odia la escuela católica, y ella dentro de esta norma nueva deberá tener el mismo derecho del grupo socialista o del judío a enseñar bajo su doctrina. La escuela neutra no existe, mi amigo, y lo que así llaman los ladinos es una criatura confesional como cualquiera. En Francia esta escuela neutra es Spenceriana o cosa semejante, jacobina, radical, etc., no neutra. Entiendo su pensamiento y como Ud. amaría *una especie de luz blanca, de escuela que respetara al niño en su alma prodigiosamente,* sin armarle para matón de ninguna secta. Pero ya lo he visto con angustia: eso es utopía. El mal menor, el respiro de esta asfixia del Estado docente, está en el acrecentamiento de la iniciativa particular. El Estado sigue siendo y será siempre Napoleón que movilizará las pobres almas de los niños para afianzar el imperio, dando credo social, credo económico y... credo religioso. Imposible—hoy por hoy—eliminarlo como educador de hecho, aunque no lo es de derecho. Disminuyámosle campo, reclamémosle la mitad del dinero de las contribuciones para levantar las escuelas libres; escuelas con ideales, mi amigo, con el suyo una, con el mío otra, organismos netos con rumbo confesado, socialista o capitalista, *sin caretas.*

Sé que Ud. se me ha entristecido en esta parte de mi carta. Ahonde en su pensamiento y verá que Ud., en el fondo, rehusa, y violentamente, la escuela neutra. Ud. quiere dar a los niños principios anti-capitalistas. No hay neutralidad en lo referente a la economía del mundo. Ud. desea soplar aventando del niño la idea religiosa (generalmente muy torcida e incompleta) que lleva el niño de su casa. Ud. sacará un *ismo* y pondrá otro, porque todo es ismo, mi amigo, y la luz blanca es artificial. Los unicos neutros verdaderos que yo conozco son los tontos. Nadan dan, porque nada tienen; no pueden colorear si adentro les falta el añil o púrpura. Y aún éstos, por necios, suelen, pretenciosamente, para «hacer que hacen», juntar ideas opuestas y confeccionar para el pobrecito niño un tapiz insensato de remiendos imposibles.

Ud. se extrañará que una «que quiere la paz» esté aconsejando la guerra con esas escuelas, todas confesionales. Me he desengañado de muchas cosas; he visto la hipocresía estupenda de las neutralidades y estoy por las fisonomías netas: escuelas según Rousseau, o según don Bosco, o según Spencer. Me irrita de igual manera la extorsión al colegio católico que al libre. Hay una gran probidad en el patronato neto.

El Estado debería, después de un censo de los habitantes, por credo, subvencionar 100, u 80 o 50 escuelas de cada confesión. Tiene que servir a una masa heterogénea sin mano homogénea.

Su pensamiento, Barcos, es elevado y superior: le repugna que el niño asome a la vida con una marca: «católico» o «anarquista». Quiere robarlo al padre afiliado, atado a una fe o a una política, y que le traspasa su verdad o su error como el color de su ojos. ¡Ay, mi amigo, pero recuerde que se lo da Ud. a otro «marcador!» Yo no sé dónde hallaría Ud. los 10 o 12 mil maestros «luz blanca», santos de desinterés cabal, *caballeros de la perfecta lealtad,* para poner cada uno en su escuela a crear niños sin confesión alguna.

Grave hasta lo trágico es la lucha de espadas en que veo a los pobrecitos niños y que yo he seguido de cerca: padres cristianos, dueños suyos medio día; maestos spencerianos que maniobran durante la otra mitad. En la desorientación enorme que se les crea, ¿no habrá daño mucho mayor que en un fanatismo unanimista? Pero basta de esto.

Los maestros.—Ud. ha dicho en su libro algunas cosas fuertes a los maestros. Pudo ir más lejos. En la calamidad pública que son nuestras escuelas, aunque el Estado lleve la mitad de la culpa, tenemos que decir honradamente, sin amarras de compadrazgo, que la otra mitad se la dividen maestros y padres, y mucho más toca a aquéllos que a éstos.

Yo conozco maestras que jamás, pero jamás, han gastado un peso en un libro o una revista para no digamos mejorar, completar sus conocimientos. Yo he visto centenares que no acuden a una reunión de profesores sino cuando van a tratarse cuestiones de sueldos. Yo conozco en ellas especialmente *el renegamiento de su clase, la vergüenza de venir del pueblo,* el olvido de toda solidaridad con su carne, el ningún sentido de clase, la *indiferencia absoluta para los problemas obreros que tienen tanta relación con la escuela.* Yo he visto—especialmente en las mujeres—una mundanidad desenfrenada, pasión ingenua y tonta del lujo, conciencias limitadas y serviles, cargadas de lastre de prejuicios; *beatería sin cristianismo* y otras cosas más. Le habla a Ud. una antigua maestra primaria, que hizo su carrera desde la ayudantía de la escuela rural y que ha visto «el pez pedagógico» de las diversas zonas del mar, hasta llegar al *vanidoso pez secundario.*

Ustedes tienen que trabajar particularmente en hacer de nuevo como quien dice a la maestra primaria. *Es necesario que ella sea una mujer para la democracia americana,* toda una fuerza social que obre en beneficio de la purificación y la elevación de las masas populares; no una Luisa Michel de la barricada, pero sí una doctora Dellepiane, una Luisa Luisi, una Concepción Arenal, una Carmen Lyra, una Palma Guillén, de México, una María de Maeztu, de España; todo esto sin desaforado sufragismo, con brasa espiritual, *ideas claras,* coraje y sentido heroico de la vida. Nuestro amigo García

Monge cree mucho en una América echada a perder por los hombres y salvada por las mujeres. Dios le oiga y su hojita preciosa que se llama *Repertorio*, las junte, las oriente y *las decida*. Yo, mi amigo, comienzo a envejecer. Procuro decir desde aquí cuanta cosa excelente veo en las escuelas. Hago lo que puedo, hice lo que pude y reconozco que fué poco. También pesó sobre mí el estado docente, centurión que fabrica programas y que apenas deja sitio—como hurtado—para poner sabor fuerte de alma.

Yo espero mucho de la lectura del maestro. No le pidamos, por ahora, sino que se informe de las escuelas nuevas, que gaste un centésimo de su sueldo (vea qué poco es) en obras y revistas. Estimulen ustedes la lectura en común, con comentario, con *ejercicio de discusión* y con ambiente familiar. Creen ese ambiente precioso de fraternidad de los primeros cristianos, *que es más que la familia*, que es un estado sobrenatural de cariño por un pensamiento al que se ha jurado la entrega de sí mismo. Yo desdeño esas sesiones académicas de maestros en que se leen actas, se vota sin interés, se lee con tiesura y *se pelean los cargos del directorio*. Otra cosa muy diversa habían logrado crear en Chile los pobres maestros de la Asociación de Profesores Primarios. Hay que trabajar con las únicas fuerzas constructivas, las del corazón, y con las de las ideas, pero organizadas por el espíritu, que es el solo levantador de catedrales. Sin él, se aglomera hombres, no se les unifica; se crean cuerpos en vez de organismos. Vea Ud. lo que son la mayoria de la sociedades pedagógicas: *¡qué heladas, qué impotentes y qué inútiles!*

La Escuela Nueva.—La Escuela Nueva, mi amigo, es una creación espiritual y sólo la pueden hacer hombres y mujeres n u e v o s, verdaderamente asistidos de una voluntad rotunda de hacer *otra cosa*. El que lo logra es que la llevaba adentro. Perdóneme la palabra algo eclesiástica: necesita la escuela nueva maestros que posean la gracia. La gracia significa para mí movimiento inédito del alma; cierta alegría de crear que Dios da, y que contiene su gozo del génesis; una convicción completa de que la verdad adoptada es la mejor; ninguna concesión a los consejos del pasado abolido; ningún resquicio por donde se cuelen la muerte, el desaliento, *el hombre viejo*; un fervor del niño que se vea en la cara y que caliente las palabras, que se mire en el gesto y se haga palpable en las más menudas acciones; una fe desenfrenada en que de veras el niño es la salvación de todos, *carne en que va a hacerse la justicia nueva*, carne que no va a oprimir, ni a matar y que *no ha venido en vano*. El niño es Cristo que trajo volteadura de los valores y que *no aceptó ninguna de las supersticiones sociales* del Imperio Romano ni del pueblo judío.

Cuando la gracia nos ha cogido y nos ha quemado ideología, costumbre y maneras viejas, entonces se puede ser maestro de la escuela nueva. Que los que no pueden con esto no vengan a hacernos adhesiones que, además de no servirnos, desnaturalizan nuestro trabajo y le ponen materia, pedantería o torpeza.

Los padres.—Ud. se queja de la influencia de los padres. Yo me quejo con Ud. especialmente del padre. La madre, ignorante y a veces torpe, da lo que tiene; el hombre no hace por el hijo más que el animal: le lleva el alimento (cuando se lo lleva), que ahora el feminismo victorioso permite también que la mujer a una vez alumbre, críe, trabaje y pague la casa...

Con las madres puede hacerse mucho, con las no emancipadas, que renuncian a la vida social siquiera en parte, para educar a sus hijos, o cuando menos asistirlos con su presencia. Con aquella legión de madres ricas, que han entregado sus niños a todos los extraños para que hagan de ellos lo que les plazca, a la niñera, a la maestra mala, a la calle todopoderosa, con tal de seguir los espectáculos estúpidos de la estación y hacer la «gran dama 1950», con esa no hay que hacer; *fué una máquina que a su pesar entregó un niño, pero que no muda el niño en hijo*.

Esas sociedades de madres anexas a las escuelas podrían asistir a las lecturas colectivas de los maestros, tomar parte en las discusiones, adoptar lentamente la escuela nueva. Maestra hábil cogerá siempre a la madre, con el interés que le pruebe, de su criatura. Yo vacilo en aceptar el reemplazo que Ud. desea, de la madre por la maestra, por una razón: la maestra rara vez es digna de reemplazar aún a la madre mediocre: ve a los niños en montón, entiende el servirlos como a una clientela, con sus conocimientos, pero no los ama de manera profunda, y no puede reemplazar a la otra para la cual el niño Pedro o Juan existen individualmente. La madre sigue siendo, mi amigo, la fuerza más linda de este mundo, con la renovación de la vida (siquiera física, que ya es material para que otros trabajemos en eso); la madre danzadora de charleston se suele mudar a los treinta años y volver a lo suyo; cuando en ella no obra el espíritu obra el instinto, lo cual ya es mucho, para sacrificar su bienestar a su criatura. Hay que ayudarla sin disputarle a su chiquito. *Yo no sé de pareja humana más maravillosa que la de una madre verdadera al lado de una maestra, verdadera, inventando en juegos y en lecciones argucias y maneras para sacar luces de una criatura*.

Con esa pareja se puede hacer el hombrecito nuevo que queremos, el de buenos humores, alegre, solidario y lleno de inteligencia.

Al lado de las torpezas y las atrocidades de la escuela zurda, las torpezas de la madre quedan pequeñitas. Al cabo ella no ha estudiado para formar una mente; al cabo a ella no se le llama nunca «salvadora de la patria» y otras majaderías.

Por otra parte, si Ud. hurga con lentitud en la madre superficial o necia, le asoma tarde o temprano la maestra que a ella misma la hizo, sin ningún sentido superior de la vida y sin interés sobrenatural del prójimo. *Maestras que se avergüenzan de venir de la clase modesta, no son las que, llegadas a las alturas de un liceo, vayan a enseñar democracia*, a explicar con vehemente interés el trabajo de los hombres, el derecho de los obreros a vivir una vida hermosa, después de crear los objetos hermosos que crean, y sobre todo no son ellas, mujeres a veces de corazón seco y pobre, las que digan a la jovencita que educan que el oficio de ternura que es la maternidad supera a cualquiera otra excelencia humana.

Nacionalismos.—Me han interesado enormemente sus opiniones sobre la incontinencia patriótica y el nacionalismo. En Europa yo leo con asco esta abundante literatura xenófoba, que cubre Italia, Francia y Alemania. En América se comienza a chupar este veneno. La idea de imperialismo hace olvidar todo a estas gentes: *religión cristiana, que es religión venida del ser que más olvidó el país suyo y que jamás nombró a su Judea;* cultura, que quiere decir en buena parte internaciona-

lismo, aceptación del conocimiento superior, venga de donde venga; decencia en las costumbres—ya se apedrea aquí en Europa y se injuria al turista—; educación de los niños, que es enseñanza y aprovechamiento del mundo. La América nuestra, en esto como en otras cosas, recibe la infección y la adopta.

Barcos: se me quedan cuarenta asuntos de su libro sin tratar. Para otra ocasión, si yo lo veo en Buenos Aires un día, o si Ud. llega por aquí a visitar las lindas escuelas de Ferriere y de Decroly, hablaremos del formidable problema de las normales, y de otras cosas vitales.

He recibido en estos días la invitación a esa Convención Internacional que Uds. proyectan y de la que puede salir, fácilmente, la Liga Sarmentiana a que yo aludía, sobre reforma de la escuela americana, *con tendencia social. Ténganme por ahderente.* No podré ir, pero procuraré mandarles algún trabajo. Y los felicito con el corazón entero.

Y dejo abierta la conversación, y lo felicito por el bravo corazón de hombre que Dios le ha dado para batallar contra la rutina y la estolidez, en bien de los pobrecitos niños.

Gabriela Mistral

(*Izquierda*. Buenos Aires).

La idea de Rivadavia retornando en el continente australiano

Cánberra.—Una ciudad donde todos podrán vivir y trabajar sin verse agobiados por la pesada carga de los impuestos, y todos podrán tener casa propia sin necesidad de comprar el terreno

El día en que el sistema agrario argentino de 1826 sea conocido y estudiado en el mundo científico, Rivadavia ocupará un lugar prominente entre los reformadores de su siglo.

En cuanto a este país, si esa legislación hubiese sobrevivido a la presidencia de Rivadavia, la República Argentina quizá ya podría darle al mundo el ejemplo de de una gran nación sin impuestos, formándose los recursos de su tesoro con las rentas que, además del interés del capital, de los frutos, de las mejoras y de la retribución del trabajo, perciben hoy los particulares que, en número relativamente reducido, se han apropiado a vil precio de las tierras públicas.

ANDRÉS LAMAS.

La obra económica de Bernardino Rivadavia.

No es posible hoy, ni lo será nunca, hablar del plan agrario de Rivadavia, sin asociar a esta obra la memoria del ilustre y sabio economista y pensador uruguayo que escribió las luminosas y profundísimas páginas de *La Legislación Agraria de Rivadavia* (1882).

Si se exceptúa la obra inmortal publicada algún tiempo antes, de Henry George, *Progreso y Miseria*, que ha revolucionado el pensamiento económico contemporá- y con la cual puede, bajo muchos aspectos ser comparada la obra del ilustre economista uruguayo, no existe obra alguna en que el estudio de la cuestión de la tierra, que es la primera de la ciencia y de la política económica especialmente en los países de América, se haya hecho con más profundidad y más luminosidad que en *La Legislación Agraria de Rivadavia.*

MANUEL HERRERA Y REISSIG.

Montevideo, diciembre de 1915.

En este mes, consagrado al natalicio de la patria argentina, el homenaje más positivo para perpetuar la memoria de uno de sus próceres más preclaros, ha sido realizado, no por argentinos, sino por hombres de otro país y otra raza, precisamente por nuestros antípodas, en el continente australiano.

Allí, no con palabras lisonjeras, sino con hechos perdurables, se ha inaugurado el día 9 la casa del Parlamento nacional, y con ello celebrado la fundación de una gran ciudad, que será la gran capital de una gran nación democrática como la nuestra, pero que hoy se muestra más capaz, como va a verse, de efectivos progresos trascendentales.

La nación australiana, formada por estados autónomos, se constituyó en federación el año 1901, surgiendo así la necesidad de darle una capital nacional para sede del gobierno general. Con este objeto se consideró conveniente fundar una nueva ciudad, al modo como se hizo aquí en el caso de La Plata, para dar capital a la provincia de Buenos Aires.

Al estudiar las autoridades australianas el mejor modo de organizar las bases económicas para la nueva metrópoli, han dispuesto, con avanzada ciencia e inteligente patriotismo, establecer para el suelo que se le ha destinado un régimen de enfiteusis que resulta ser enteramente análogo, si no exactamente igual, al que el gran patricio argentino Bernardino Rivadavia ideó e implantó con éxito en nuestro país.

La incipiencia de la cultura cívica argentina en aquellos primeros tiempos de la nacionalidad, no supo avalorar suficientemente el don extraordinario que se le hacía, ni supo resistir a la reacción oscurantista que ese, como tantos otros progresos, anuló o postergó durante la tiranía de Rosas.

Pero una idea verdadera y grande no muere nunca. Tarde o temprano reverdece, y es con emoción pensativa cómo debemos considerar el hecho maravilloso de que al otro extremo del globo, a un siglo de distancia, surga pujante la misma idea que Rivadavia y sus amigos acariciaron como prenda de grandeza y felicidad futura para el pueblo argentino.

La idea de Rivadavia consistía, dicho brevemente, en asentar el principio de que el suelo del país no debe ser vendido a nadie, ni a extranjero ni nativo. Que dicho suelo debe permanecer como propiedad común de todos los hombres que lo habiten en cualquier época, estableciendo, además, que cada uno pueda omnímodamente disponer de la porción que necesite para labrarlo y ocuparlo con su vivienda, fábrica o comercio, teniendo como única restricción la de pagar al tesoro común la renta económica correspondiente a la porción ocupada.

Esta noción y principio fundamental, generado en las enseñanzas de los sabios fisiócratas franceses y de los ilustrados ministros de Carlos III, Campomanes y Floridablanca, fué completado con genial intuición por Bernardino Rivadavia e instrumentado en un procedimiento práctico para realizarlo, a favor de la ventajosa situación que, como país nuevo, daba a la República el hecho de ser entonces casi toda la tierra de propiedad pública, no habiendo aún sido vendida, sino en escasa proporción, a particulares.

Por la ley especial dictada en 1826 se adoptaba el antiguo sistema romano de la enfiteusis, pero mejorándolo con una innovación tan admirable como fundamental y fecunda. En lugar de entregar la tierra a los particulares por muy largo o indefinido período y mediante un canon o arriendo fijo, se la entregaba mediante un *canon movible;* es decir, por tiempo igualmente largo o indefinido, pero manteniéndola sujeta a revaluacion cada diez años, después de los primeros veinte.

De ese modo el Estado seguía paso a paso el proceso natural de la valorización y, en nombre del interés común, recababa para la comunidad los incrementos de renta que son fruto, no en particular del esfuerso del individuo, sino del progreso y acción general de la comunidad.

El ideal de Rivadavia puede concretarse diciendo que consistía en crear una nación en la que *todos los ciudadanos serian equitativamente rentistas;* una nación en la que *no habría impuestos* (pues la renta del suelo común daría con exceso para las necesidades de los gastos públicos) una nación, en fin, en la que todos los habitantes serían ricos, pues tales bases económicas harían fácil para todos el acceso a la tierra (base primaria ineludible y *constante* de todos los procesos industriales), fácil la ganancia y el consumo, dentro del sagrado respeto para la propiedad privada de los bienes producidos por cada uno.

Aquel propósito certero, infaustamente malogrado, es el que acaba de reanudarse a fondo, siquiera localmente en la nueva ciudad de Cánberra. Allí el suelo no es vendido a nadie; se entrega en enfiteusis por noventa y nueve años, según precio del arriendo o canon determinado por pública subasta, el cual es valedero por veinte años y revaluable sucesivamente cada diez. Bajo esta base económica, experimentada ya mediante tanteos aproximativos en la vecina ciudad de Adelaida y en muchas otras poblaciones australianas y neozelandesas, no hay duda que la nueva capital crecerá de modo extraordinario, sobre el bello trazado del arquitecto Mr. Walter Burley Griffin, antiguo adepto, dicho sea de paso, de la doctrina georgista.

La analogía del sistema económico implantado en Cánberra con el de Rivadavia no puede ser más grande, y sólo secundarios detalles ejecutivos los diferencian.

La génesis de esta orientación no procede originariamen

te en Australia del estudio directo del plan rivadaviano (por más que éste sea familiar a todos los georgistas del mundo), sino de las predicaciones que el gran pensador y economista norteamericano Henry George realizó allí en gira de conferencias por los años de 1880, época en que, casualmente, redactaba en Buenos Aires el uruguayo Andrés Lamas su magnífico estudio sobre la enfiteusis de Rivadavia.

No hay, sin embargo, en las profundas enseñanzas georgistas ningún carácter de copia o plagio, como podría suponerse, pues esas doctrinas surgieron espontáneamente en la inteligencia de George como evolución natural de propias observaciones y raciocinios, sin conocer los precedentes rivadavianos. Otros también, en otros países, han andado independientemente cerca de la misma solución. Y es ello comprensible, porque cuando una relación de hechos se encuentra encarnada en la realidad, no es extraño que diversos pensadores la descubran y formulen en leyes científicas o medidas prácticas. Como Henry George dijo alguna vez, nada se opone a que, desde lugares distintos, dos hombres mirando al cielo descubran la misma estrella.

Mirando al suelo de la patria, con encendido afán de descubrir sus secretas posibilidades para el lozano arraigo de la planta humana, Rivadavia, como luego George, vieron claro. Aquel estableció una norma *para conservarlo* de propiedad común cuando ya lo era; éste *para retrotraerlo* a propiedad común, cuando, como entre nosotros sucede, la ignorancia y ligereza de gobernantes pasados ha tenido la espantosa imprudencia de enajenarlo.

Otros hombres bien intencionados han pretendido remediar los grandes males de la injusticia social guiándose por falsas doctrinas europeas, sin comprender que aquí en América tenían a mano la superior y verdadera solución. Como muy bien lo penetró Lamas (y luego ha confirmado la experiencia) la moderna seudociencia económica europea, vístase de conservadora o avanzada, no puede ser una guía idónea y segura.

A través de los años nos llega el mensaje de aquellos grandes hombres, conservado y difundido por el prodigioso invento de la imprenta. La misión mayor de la actual generación es realizarlo, y el ejemplo de Cánberra, decisivo experimento de importancia mundial, es un llamado al estudio y a la acción para todos los hombres de corazón e inteligencia, dado que nuestra hermosa Constitución y la providencial ley de Sáenz Peña ponen efectivamente en manos del pueblo la fácil posibilidad de hacerlo, dentro del orden y la paz.

Lo primero que debe aprender el pueblo es a considerar como traición a la patria la venta a particulares de cualquier pulgada de tierra argentina que aún permanece como propiedad pública.

C. Villalobos Domínguez

(Revista del Impuesto Unico. Buenos Aires).

Página lírica

de Ventura Gassol

VENTURA Gassol, el gran poeta catalán, viaja por América, en viaje de acercamiento espiritual, acompañando al insigne patriota Francesc Maciá, y con este motivo el *Repertorio Americano* ofrece a sus lectores una bella página lírica del primero.

Entre la juventud especulativo-activa de Cataluña contemporánea se destaca en primera línea el poeta Ventura Gassol. No es sólo, ciertamente, por su obra, más selecta que pródiga; sino por su íntegra honradez moral; por la contumacia en la persecución del ideal nacionalista de su tierra; por el apostolado altivo a que humilde consagra su existencia: vida y alma, acción y elucubración, lágrimas y sangre. Ejemplo en su patria y par de los hombres razas, síntesis de los pueblos.

Como poeta, Ventura Gassol tiene publicados: *Amfora, La Nau*, bellos libros de poesía lírica, moderna por la sensibilidad y manera de plasmar el pensamiento; clásica por el equilibrio y el gusto de la medida, las proporciones, en una palabra, la arquitectura de su escuela.

Además *Les tombes flamejants*, tomo nutrido de calor patriótico en que canta y crea leyendas catalanas y donde deja correr por viva vena el sentimiento de la nacionalidad.

Poco antes de su partida de Cataluña estrenó en el teatro NOVEDADES de Barcelona *La cançó del vell cabrés*, con un éxito caluroso.

Antes, Gassol había traducido y adaptado D'Anunzio, Gorki y otros maestros extranjeros, a la escena catalana, alcanzando su mejor momento en esa labor con la traducción del poema de Maeterlinck, *Beatriz*, que puesto en música fué representado en el Liceo de Barcelona, todo una temporada.

Su última obra de teatro es el poema dramático *La Dolorosa*, donde el impulso lírico domado por la fuerza escénica da una pieza de equilibrio estético de una factura nueva y admirable.

Aprovechando sus conocimientos de folkorista catalán, mezcla oportunamente, en la trama de esta obra, cantos y rondallas de la tradicional Cataluña, en cuanto por el asunto netamente humano y trascendental, da a esta obra un empaque de universalidad.

Próximamente el *Repertorio Americano* dará a conocer fragmentos de *La Dolorosa*, que probablemente será estrenada en Buenos Aires y en Madrid, a la vez, para solaz de ambos mundos.

Canto nuevo

Florezca ya el bordón en nuestros dedos
y suenen nuestras venas como flautas,
que en el fondo del pecho
noventa y nueve sentidos acaban de nacernos
y hemos visto una luz nueva brillar en la montaña.

De las nubes han llovido gotas de sangre, en tanto
que todos los rosales, de pronto, se han abierto
y nuestro corcel blanco
por encima de las flores, el polvo y el fango
se ha perdido, como loco, nubes adentro.

Aquellas jornadas que yo hiciera a las cimas
acompañado solamente de tu imagen
ahora quiero rehacerlas, amiga,
contigo que eres llena de carnalidad sensitiva
y que eres el comienzo y el fin de mi viaje

Y ahora, que en los nidos ya pían los pichones
y los árboles ya retoñan y tu me gritas
¿qué hay dentro de sus brotes?
yo te diré ¡Allí lo mismo que dentro de tu seno se esconde!
¡Allí hay mil frutos de pasión y mil vidas!

No las oyes dentro de tu vientre
como te gritan con la voz engolada
¡Madre, traednos del no-ser inerte,
madre de los ojos tranquilos y de la serena frente
que queremos ver el cielo y la luz de la estrellada!

Arráncalos de la oscuridad y del vacío,
no esperes el ruego de mi palabra...
Es el grito de mis hijos
que añoran el calor de nuestro lecho tibio
y el rededor de nuestra mesa clara.

Amada: arráncalos ya de tus entrañas,
no permitas que en ella de tristeza se sequen,
que sin su amor, amada,
quién nos guardaría de la nieve en la invernada
y en el invierno de la vida de la nieve...

Florezca ya el bordón en nuestros dedos
y suenen nuestras venas como flautas,
que en el fondo del pecho
noventa y nueve sentidos acaban de nacernos
y hemos visto una luz nueva brillar en la montaña!

El velo de la melancolía

Lleváis sobre la faz velo tan fino
que no se quién ni cómo os lo tejía.
Toda la luz del cielo no daría
para tejer el velo leve y fino
de vuestra melancolía.

Preguntadme, ¿con qué os queréis cubrir
para guardaros de la luz del día,
de los ojos míos diestros al herir?
y os diré:
Con el velo fino de
vuestra melancolía.

Preguntadme, ¿con qué velo velada
quisierais la tortura desbordada
que desde el corazón os subiría
a los ojos en una luz morada?
y os diré:
Con el velo fino de
vuestra melancolía

Preguntadme, ¿con qué me cubriría
para salvar a mis amigos de
los celos, cuando la caricia mía
os tuviera más cerca? y os diré:
Con el velo fino de
vuestra melancolía.

Y si me preguntáis, cuando del día
la luz me deje ya para morir,
¿qué vestido de muerte he de vestir?
Ponedme, amiga, os diré
el velo fino de
vuestra melancolía.

Bruxelles, 20 de julio de 1927.

Los dos caballos

A Emilia Bernal

¡Caballo blanco! ¡Caballo loco! ¡Caballo mío!
Este viento, este cielo, estas nubes, que celos levantan en el
[alma mía.
Que todo corre, todo zumba, todo vuela *sobre* mí, ¡Caballo mío,
caballo de anhelos, caballo de Dios,
llévame contigo a volar, que aquí me secaría!

¡Caballo blanco! ¡Caballo loco! ¡Caballo mío!
¿Dónde estás, que no se oye aquel pífano que siempre se oía?
Que todo canta y acaricia y languidece en *torno* mío.
Caballo de anhelos, caballo de Dios,
relincha fuerte, que aquí me secaría.

¡Caballo blanco! ¡Caballo loco! ¡Caballo mío!
¿Dónde estás, que no veo la nube de fuego que te defendía?
Todo arraiga y florece y se seca *bajo* el cielo mío.
Caballo de anhelos, caballo de Dios,
rodéame de fuego, que aquí me pudriría.

¡Ginete blanco! ¡Ginete loco! ¡Ginete mío!
¿Dónde estoy? Me detuvo el relincho de este otro hermano que
[aquí se moría.
El Caballo de las Rosas domando ya el brío
ha oído el supremo silbido de Dios,
deja pues que le acompañe en la agonía.

¡Ginete blanco! ¡Ginete loco! ¡Ginete mío!
Ni la carcoma, ni el sueño, ni los gusanos de la muerte ya temería
que al perfume de las rosas de su flanco bravío,
Ginete de anhelos, Ginete de Dios,
sólo para vivir eternamente se moriría.

¡Caballo blanco! Caballo loco! Caballo mío!
Que la suerte del Caballo de las Rosas los celos levanta en el
[alma mía.
Todo se seca y se aduerme y se pudre dentro de mí. ¡Caballo mío,
si tú también oyeras el supremo silbido de Dios,
con qué explosión de gozo os gritaría:
¡Up! ¡Up! ¡Up!
¡Up!
¡Es ancho el camino y el cielo es azul!

Bruxelles. 1927.

Pesadilla

Esta péndola intranquila
que cual martillo me golpea la sien
el sueño me hace huir de la pupila,
sentir la noche cual anillo, que
zumba y rueda y se lleva el tiempo en él.

Alta es la noche; pero inútilmente
acercaré la oreja a mi cojín,
que el ritmo de mi pulso, intermitente,
a sacudidas, lo hace percutir
y más que un caracol rumora así.

Cual cuerpo muerto, la mirada abierta
a la luz que no acaba de llegar.
Y un velo tenue por mi cara yerta
del espacio el halago siento ya,
con un poco de gozo y de ansiedad.

¡Haz la tiniebla ante mis ojos clara,
oh, Señor de la noche y del albor!
¿Este espacio que ahora lleno, para
quién se abrirá cuando me muera yo?
¡Quién sabe antes de mí quién lo llenó!

En este punto y este mismo lecho
con un dulce terror recuerdo, que
mis padres muertos envolviera, estrecho
el espacio en que está mi desnudez,
y ahora aquí, cara a cara, a todos tres.

¡Oh la caricia del difunto amado
qué tibiecita y llena de dulzor!
mas, la del muerto ajeno, que ignorado
viene a acostarse a nuestro lado, no.
¡Cómo es fría y es honda de pavor!

Por eso ahora cuando pienso en tanto
espacio como tengo en derredor
con el padre y la madre quedo, por
no tocar con este cruel espanto
de otro muerto que el tiempo ya heló.

Esta péndola intranquila
que cual martillo me golpea la sien
el sueño me hace huir de la pupila,
sentir la noche cual anillo que
zumba y rueda y se lleva el tiempo en él.

Bruxelles. 1927.

Cabelleras aterciopeladas

¡Negra y aterciopelada
cabellera de Jesús
Crucificado, impregnada,
ungida toda, empapada,
de soledad, y sin luz,

tú que dulce y recogida
pareces compadecida
del triste crucificado
y en un rincón apartado
te ocultas toda la vida,

ten piedad del ansia mía!
Olvido sólo quisiera
de aquella otra cabellera
que me obsede noche y día.

Negra y entenebrecida,
perfumada fuertemente,
ondeaba conmovida
como una hirsuta serpiente.

Mi juventud, seguidora
de un deseo que atormente,
al duelo de cada hora
le seguía impenitente.

La ciudad toda bullía
con tumultuoso clamor
pues, contrita, revivía
la tragedia del Señor;

sin embargo, en su memoria,
de Jesús Crucificado
oscurecías la historia,
cabellera de pecado,

que tenebrosa y sombría
como la del Cristo era,
y a la gente conmovía
volando, tu cabellera.

Arrepentido y doliente
me empezaba a castigar.
¡Ah, quién pudiera olvidar
aquella hórrida serpiente!

La luz resplandecería
de nuevo en la celda mía
y su nocturno fulgor
en ella adelgazaría
la tiniebla del Señor.

¡Oh, mi celda tan austera,
con tal despecho violada
por aquella cabellera
que nunca será olvidada!

Cada vez la veo mejor
de la noche en la pavura,
enmarañada y oscura
esparciendo su terror.

Y siento que rumorosa
se me va acercando, cual
ala de un ave sombrosa
que sólo me anuncia mal.

De ella quiero huir, y así
con amargura lo intento.
A Dios me encomiendo, y
¡divino estremecimiento!
la siento dentro de mí.

Y entonces ave negruzca
soy, y hórrida serpiente
y pecado y sombra brusca
y dolor y gozo ardiente.

Y me consuela esperar
que de la muerte al momento
pueda el alma libertar
de su imagen de tormento.

Gozando de aquella umbría
que se torna amable y pía,
toda piedad y cuidado,
aterciopelada, oscura,
cabellera de dulzura
de Jesús Crucificado.

París - 1927.

Els dos cavalls

A Emilia Bernal, la del Cavall de les Roses.

Cavall blanc! Cavall foll! Cavall meu!,
que aquest vent, que aquest cel, que aquests nuvols en fam gelosia,
que tot corra, tot vola, tot brunz *damunt* meu,
Cavall d'anhels! Cavall de Deu!,
pren-me a volar, que aqui m'hi moriria.

Cavall blanc! Cavall foll! Cavall meu!,
aont ets, que no es sent aquell pifan que sempre es sentia?
Que tot canta i amoixa i llangueix al *volt* meu,
Cavall d'anhels! Cavall de Deu!,
renilla fort, que aqui m'hi podriria.

Cavall blanc! Cavall foll! Cavall meu!,
aont ets, que no es veu aquell nuvol de foc que et munia?
Tot arrela i treu flor i es marceix *davall* meu,
Cavall d'anhels! Cavall de Deu,!
volta'm de foc, que aqui m'hi podriria.

Genet blanc! Genet foll! Genet meu!,
aont soc? M'ha aturat el renill d'un germá que es moria:
El Cavall de les Roses de carn a dins seu
senti el suprem xiulet de Deu,
deix, doncs que l'acompanyi en l'agonia.

Genet blanc! Genet foll! Genet meu!,
ni el corcó, ni la son i ni els verms de la nort temeria,
que al perfum de les Roses del flanc sou,
Genet d'anhels! Genet de Déu!,
sols per vivre per sempre es moriria.

Cavall blanc! Cavall foll! Cavall meu!,
que la sort del Cavall de les Roses em fa gelosia.
Tot es migra i s'adorm i es podreix *dintre* meu,
si tu tambe sentissis Deu!,
amb quin esclat de joia us cridaria:
Au! Au! Au!.
Au!,
que el camí es ample i el cel blau!

Geografía y Política

Rápido viaje de inspección por las tres Américas

Por

Gonzalo de Reparaz

(*Véase la entrega anterior*)

I.—Bien podríamos decir, sin que nadie tuviera razón para reprendernos, que las tres Américas son verdaderamente éstas: la Septentrional, que acaba en el trópico de Cáncer; la Central, que va de dicho trópico al de Capricornio, y que por eso podría llevar el nombre de Tropical; y la Austral, comprendida entre el trópico de Capricornio y el paralelo 56. La primera baja desde los mares árticos hasta casi tocar con el cabo Sable (punta meridional de la Florida, en las aguas cálidas del mar antillano), en el dicho trópico de Cáncer, que divide a Méjico en dos trozos no muy desiguales, repartiéndolo entre esta América y la siguiente. La segunda comprende el trozo meridional de Méjico, las Repúblicas del istmo y las de Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia y casi todo el Brasil, amén de las Guayanas; esto es, las tierras cálidas, donde sólo la altitud brinda al hombre residencias aprovechables. La tercera extiéndese hasta la Tierra del Fuego, y en ella se hallan los Estados meridionales del Brasil, Uruguay, Paraguay Argentina y Chile.

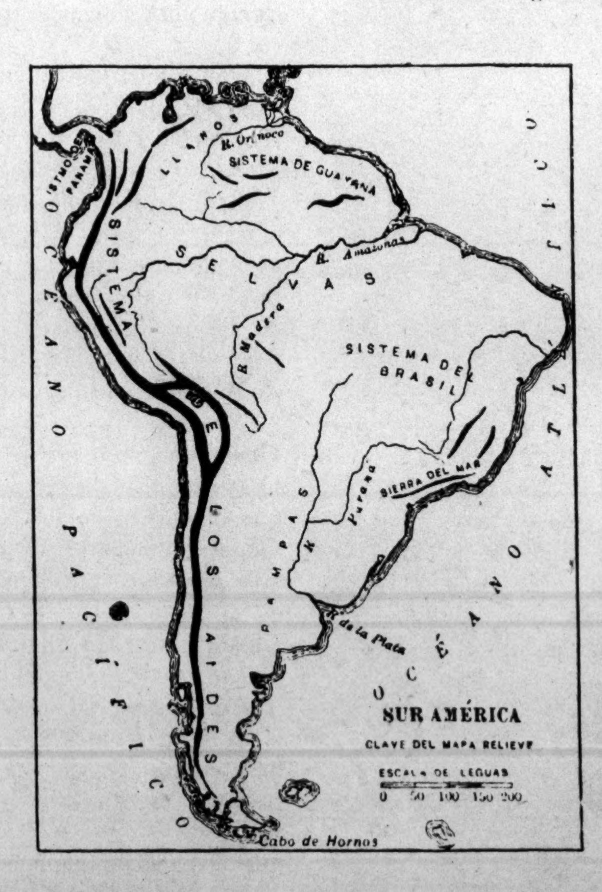
Esta clasificación, determinada por los factores calor y humedad, esenciales distribuidores de la vida en el Globo, es la que mejor explica la Historia y por tanto, la política americana. Ella nos muestra cómo la América Central, o sea intertropical, inmenso invernadero, depósito de incalculables riquezas acumuladas por Flora, hijas de los dos factores dichos, es como un vasto almacén de primeras materias que las sociedades humanas industrializadas, por otros factores geográficos constituídas en la América Septentrional, o sea en la zona templada y fría, ambicionan poseer, sin que las de la zona Austral, viviendo, menor, fragmentada y remota, puedan hoy disputarla tan sabrosa presa.

Hallámonos, pues, ante un conflicto biológico. Las agrupaciones formadas en zonas más aptas para una buena organización social tienden a desbordarse sobre aquellas otras en que el hombre, peor instalado, no domina; antes es dominado por la exhuberante Naturaleza que, al mimarlo, brindándole una vida suave, aparentemente sin esfuerzo, le reblandece y subordina a los que se fortalecieron en ásperas batallas con el ambiente geográfico y fueron, además, favorecidos por otras circunstancias (posición, contactos, etc. etc.)

¿Así, pues, el desenlace del conflicto está ya escrito por la mano de la fatalidad en el libro del Destino? ¿La América Intertropical será inevitablemente presa de la América Septentrional, sin que la América Austral, ni Europa, ni Asia puedan evitarlo? ¿América pasará, sin remedio humano posible, a manos de los americanos del Norte?

La respuesta afirmativa sería temeraria. La negativa aún más.





Parece probable el sí. Pero de la probabilidad a la certeza va una distancia suficiente para que el esfuerzo humano pueda intervenir y desviar el curso de los sucesos. Sólo que lo primero, para que la intervención sea eficaz, es que vaya guiada por el conocimiento. Sin él, el empuje de la voluntad será ciego y se estrellará.

El conocimiento únicamente puede darlo la Geografía humana.

II.—Las tres Américas de la clasificación corriente son la del Norte, la del Centro y la del Sur. La primera es la mayor: 24.000.000 de kilómetros cuadrados. La segunda ocupa 18.000.000. La del Centro apenas mide medio millón. Poco más o menos, lo que la Península Ibérica. ¡Hasta en eso se parecen los dos istmos!

Esta clasificación es meramente morfológica y mucho menos demarcadora y explicativa, por tanto, que la anterior.

Pero si la morfología no lo explica todo, si no contiene la clave principal, enseña, sin embargo, bien estudiada, muchas verdades interesantes.

Veamos la América del Norte.

Es como una Siberia orientada de Norte a Sur, en vez de estarlo de Este a Oeste, y prolongada hasta la Europa central, es decir, comprendiendo en ella la Rusia europea. Pero en esta inmensa superficie plana levántase, corriendo de Norte a Sur, esto es, normalmente al eje de ella, la vieja cordillera de los montes Urales, ya tan gastada por la erosión (1.600 metros) que no forma barrera, y que cayendo al Mediodía en la depresión caspiana (entre los paralelos 45 y 55), allí ha dejado una vastísima y desembarazada puerta a todas las invasiones de asiáticos, camino de Occidente: del Asia Central al Atlántico. Hoy asistimos a la continuación del curso de esa gigantesca corriente humana. Inundó toda Europa al Norte del Mediterráneo; conquistó este mar; detúvose siglos impotente ante el Atlántico inmenso, desconocido, pavoroso; cuando conoció los caminos que lo cruzaban y tuvo los medios de recorrerlos, como Europa estaba ya llena, el Amazonas humano retomó su curso y, formando enorme delta, dividió su corriente en múltiples brazos; el más caudaloso continuó, siguiendo el paralelo de las mencionadas puertas uralocaspianas, hacia el infinito espacio vacío que la Naturaleza había atravesado, allende el mar, en su ruta: gigantesca artesa que va llenando, llenando, mientras la tierra intertropical, sin afluentes y devoradora de vidas humanas, sigue vacía.

La artesa gigante mide 7.500 kilómetros (del Archipiélago glacial al golfo de Méjico) de llanura continua, sin montes Urales que atrevidamente la interrumpan. Así las zonas de produc-

(*Pasa a la Página 138*).

Oratoria de sobremesa



El Dios Pan americano,

Por Rendón

(De *El Espectador*, Bogotá).

Es sorprendente la manera como han recibido las delegaciones latinoamericanas las palabras del señor Charles Evans Hughes en el banquete ofrecido por la Cámara de Comercio cubano-americana a todo el personal de la conferencia, el día 21 del corriente. Haciendo un esfuerzo violento de amnesia general, algunos delegados llegaron a encontrar no sólo aceptables sino dignas de aplauso algunas de las intimaciones del orador y pasaron por alto afirmaciones que pugnan con la verdad de los hechos. Mientras duraba el banquete no era de recibo promover discusiones. Los delegados eran huéspedes de una institución comercial y en tal carácter estaban obligados a guardar silencio, ya que en estos casos es usual señalar de antemano las personas que han de llevar la palabra. Por otra parte, cualesquiera que sea la autoridad y el prestigio del señor Hughes, sus palabras en ese momento no comprometían ni al país que representa ni a los delegados de las demás naciones americanas que hubiesen tenido por actitud plausible guardar discreto silencio. Además, dado el carácter unilateral y la gaseosa elasticidad de la famosa doctrina que regula para el país representado por el señor Hughes sus relaciones con Iberoamérica, las palabras del señor Hughes carecen de importancia diplomática. Hemos visto con demasiada frecuencia declaraciones contradichas por manejos posteriores, cláusulas inequívocas de tratados entre Washington y otras repúblicas americanas violadas abiertamente por un mandatario capaz de hacer alarde, pocos años después, de haber quebrantado aquel pacto. Mientras las relaciones entre los Estados Unidos saxoamericanos y las demás repúblicas de este lado del mar se regulen por aquella declaración, América sufre las consecuencias de una ponderosa iniquidad. Las relaciones entre Latinoamérica y aquellos Estados Unidos dependen del capricho, del buen o mal humor de un gobernante, del carácter impulsivo de un siniestro personaje llegado a la primera magistratura por muerte del presidente electo. Ya existe el precedente: Teodoro Roosevelt declaró sin reticencias que en vez de consultar al Senado de su patria y esperar la decisión de los plenipotenciarios de los diferentes estados saxoamericanos, se había apoderado de Panamá primero y en seguida le había dado cuenta al cuerpo legislativo. En esa inversión de atribuciones el Senado aceptó resignadamente el papel de sota y creó el precedente. Mañana o ese otro dia, un mandatario más audaz que Roosevelt (si tal cosa fuere posible) o menos escrupuloso (en lo cual hay sus dificultades morales), comete primero un atropello contra las naciones latinoamericanas y en seguida le da cuenta al Senado, alegando en favor de su actuación el precedente ya sentado por el hombre que ocupó la silla presidencial a la muerte de Mackinley.

De modo que las declaraciones de Hughes, por las dos razones expuestas, carecen de importancia diplomática: no son oficiales por una parte; fueron, por otra, expresadas en un banquete privado, sin lugar a contradicción; y aunque fueran oficiales a nadie comprometen, porque no constan en tratado alguno y son la interpretación momentánea de una declaración antojadiza. Lo grave de la situación creada por ese discurso, no es el eco lejano de sus frases más características en la prensa de todo el mundo, ni el silencio de los oyentes, sino la aprobación impremeditada o temeraria que le han dado expresamente algunos delegados del Sur.

En cuanto al discurso en sí, es menester afirmar que si no está deformado o no ha sufrido tegirvesaciones involuntarias en la traducción o en el despacho al través del aire o a lo largo de los cables, literaria y filosóficamente la pieza es de una debilidad manifiesta. Como idea novedosa podemos citar ésta, que aún expresada con énfasis no pasa de ser una tremenda perogrullada: «los avances de la civilización son producidos por las fábricas, por las plantaciones, por los mercados, por el comercio, lo mismo que por los recintos donde se adquiere el saber». Ha podido añadir que en las conferencias panamericanas, en los convivios diplomáticos y en los conciliábulos de las lonjas, también avanza la civilización, lo mismo que en las zapaterías y los clubs públicos. Cuando llueve todo el mundo se moja. Lo que falta definir son «los avances de la civilización». La frase final que suscitó, según se dice, grandes aplausos parece de lejos un truismo efectista y de cerca una superabundancia. «Las futuras generaciones disfrutarán la herencia de nuestras labores». Seguramente no esperaban el señor Hughes y sus plausivos oyentes que los heredaran sus antepasados.

Como respeto a la historia el señor Hughes regaló a sus compañeros de mesa con algunas antigüallas, ya privadas de su prestigio por estudios recientes. «Reservamos, dijo, nuestra alta veneración para los grandes representativos de la libertad y de la independencia: Washington, Jefferson y Lincoln.» Pase por lo que dice con Washington y Jefferson aunque el primero no luchaba originalmente por la libertad, sino por exención de impuestos; mas en tratándose de Lincoln no se le puede hacer figurar entre los que tuvieron en alto el ideal de independencia. Su ideal fué precisamente mantener bajo la dependencia del Norte a los Estados del Sur. Ha olvidado el señor Hughes la carta a Horacio Greely, en 1861: «No se trata de salvar o destruir la esclavitud. Si pudiera salvar la Unión sin libertar un solo esclavo, no vacilaría en hacerlo.» En otras palabras, si para someter a los que quieren separarse me veo obligado a tratar con los negreros, haré pacto con ellos. Ese oportunismo nacional que en Lincoln, vencedor y sacrificado prematuramente, aparece con fulgores de idealismo en la elocuencia artificial y artificiosa de Mr. Hughes, se ha manifestado con caracteres burdos en muchos de los sucesores de aquel hombre honrado, a pesar de su oportunismo político.

«No hay garantía para la amistad, dice, más luego, el señor Hughes, en el desprecio de las diferencias», lo cual es verdad, pero el vicio fundamental de la política saxoamericana en este continente reside en la pretensión antihistórica y anticultural de hacer de todas estas repúblicas trasuntos más o menos fieles de la más antigua. Santo Domingo ha de estar dominado por los financistas neoyorquinos, exactamente como lo están los Estados Unidos saxoamericanos. En Nicaragua no ha de haber revoluciones porque la gran república del Norte no ha tenido más que dos; en la Argentina los comerciantes al por menor deben someterse a la voluntad de viajeros comerciales reticentes para no apartarse de la común uzansa en la república de las grandes empresas petroleras.

En Latinoamérica, como en todas las tierras donde habita gente de la misma estructura mental, nos esforzamos por conservar y cultivar esas diferencias a fuerza de estudiar su origen y de comprender la necesidad de su existencia. El mundo latino significa unidad en la diversidad; el alma sajona se admira de que haya gentes distintas, en el porte y en el pensamiento, del promedio nacional reconocido por la estadística y modelado por los siglos en la Gran Bretaña y en la Nueva Inglaterra.

De otro lado, al señor Hughes no le falta serenidad y aplomo para desvirtuar con palabras los hechos históricos. «La firme política que han seguido siempre los Estados Unidos ha sido el respeto de la integridad territorial de las repúblicas americanas», afirma sin temor a ser contradicho. Una enfermedad semejante al daltonismo le impide al señor Hughes determinar en el mapa de sus Estados Unidos aquella porción de territorio perteneciente un día a los mexicanos. Si el señor Hughes no satisficiera sus instintos razonantes con meros recursos de abogado, habría recordado, antes de componer en su imaginación esa bella frase, la manera como el gobierno de Roosevelt adquirió el dominio de la llamada zona del canal.

«Los derechos que nosotros queremos que se nos concedan son los que nosotros concedemos a los demás», dice el orador en la Cámara de Comercio cubanoamericana. Exactamente: los saxoamericanos fuerzan a las naciones débiles a que les cedan pedazos de territorio para excavar vías marítimas internacionales, y están dispuestos a cederles a Colombia y Panamá el territorio saxoamericano que ellas codicien para el mismo fin o para otro menos aparatoso. Es verdad que de una manera afrentosa el señor Hughes, como secretario de estado, martirizó a la República Dominicana en todas las formas en que se puede ultrajar a un pueblo, inclusive el asesinato en masa, hasta hacerles firmar un tratado, mejor dicho, una carta de esclavitud económica, «que le convierte en verdadero protectorado». Si mañana Santo Domingo exige que le dejen nombrar un agente dominicano

en las aduanas de Nueva York para inspeccionar el tratamiento que allí reciben las mercancías provenientes de la famosa Antilla, con jurisdicción sobre las autoridades aduaneras, no hay duda que si el señor Hughes estuviera aún de secretario de estado, las cosas se allanarían según su graciosa fórmula. En verdad, el señor Hughes sabía que no iba nadie a someter sus palabras a un examen lógico, y en esto tenía razón; pero si él mismo manifiesta tánto interés en señalar y respetar las diferencias existentes entre sus conciudadanos y nosotros, debía de haber tenido presente las nacionalidades de su auditorio para no usar de ciertas comparaciones. Entre los señores que allí representaban a Sud y Centro América y Méjico, los habría muy condescendientes y hasta demasiado flexibles, pero en lo general no se les puede juzgar tan saxoamericanos.

Una luz de esperanza nos da el señor Hughes en su bella pieza oratoria. Después de hacer con palabras incoloras aunque elocuentes, la historia de la ocupación de Santo Domingo: «Si hubiéramos acariciado propósitos imperialistas, dice, habríamos permanecido en Santo Domingo, pero nos retiramos». Se han quedado en la forma más cómoda, esto es, dominando la hacienda, sin las reponsabilidades de la ocupación militar y sin los crímenes anexos a ese deplorable estado político. Y añade: «Dejaremos a Haití en cualquier tiempo (sea claro, nebuloso, de tempestad o bonanza), cuando tengamos la seguridad de la estabilidad». Esto quiere decir, cuando podamos formar en la Asamblea elegida a nuestro acomodo una mayoría como en Santo Domingo, que consienta en contratar un empréstito con los banqueros de Nueva York, en la forma impuesta por ellos y con las condiciones de que las rentas de aduana sean administradas por agentes saxoamericanos. Hay más aplomo todavía: «Llegamos en este momento a Nicaragua. Estamos allí obedeciendo al llamamiento de ambos partidos (*very kind of you Mr. Hughes, Yam sure)*. Nosotros tampoco queremos permanecer ahí». Por lo visto se aburren en todas partes. El día menos pensado se van de Filipinas, evacuan a Porto Rico, y sabe apenas el destino si estarán preparándose para salir de Texas y California y Nuevo México, antes de hacerlo de la zona del canal.

B. Sanín Cano

(*El Tiempo*. Bogotá).

Rápido viaje de inspección por las tres Américas

(*Viene de la página 36*)

ción, desde la misérrima de los líquenes y musgos, hasta la opulenta de la caña y el plátano, pasando por la de los cereales y de las más sabrosas frutas de que el hombre se sustenta, se escalonan en ordenada gradación, cual pudiera disponerlas el más hábil labrador en su huerta. Y la fauna va, igualmente, desde el oso blanco, la foca y el reno, al caballo, el carnero, el bisonte, la vaca, etcétera, etcétera. Enormes ríos cruzan la llanura infinita, unos de Norte a Sur, cual los de Rusia europea; otros de Sur a Norte, cual los de Rusia asiática, como brindándose a trasportar con facilidad, celeridad y economía toda aquella variadísima producción. Y si al Norte (como en Siberia) los hielos impiden el servicio mucha parte del año, y el Yukón, el Mackencie, el Nelson y aun el mismo San Lorenzo (rivales de los gigantes siberianos) pierden por eso parte de la utilidad que tendrían, el Mississipí, con su socio el Misuri (sociedad fluvial no anónima, y a veces de inundaciones ilimitadas), forma la primera vía de la Tierra en su clase.

La Naturaleza le ha construído la cuenca (o artesa) con especial cuidado. Por Oriente, camino de las lluvias y de los inmigrantes (de la corriente humana cuya historia rápidamente tracé), una cordillera de apenas 2.000 metros de altura, que no detiene la marcha benéfica de las nubes, ni de los hombres, a los que abre amplios pasillos. Por Occidente, una doble, a veces triple, cordillera enorme, que alberga en su seno altas mesetas áridas y desiertos también sedientos: remedo, en pequeño, de las mesetas y desiertos del Sur de Siberia, armazón de la Alta Asia (Pamir, Gobi, Turquestán). De aquellos montes orientales abiertos a la lluvia y al torrente humano, bajan (sobre estar unidos ellos al mar por numerosos ríos cortos, pero navegables (Savannah, Roanoke, Delaware, Hudson), formados por una capa pluvial de 1,50 metros, otros ríos caudalosos, de los cuales el Ohío es una incomparable vía de comunicación entre el Este y el Oeste, entre el Atlántico y la gran arteria central. Los afluentes de la derecha de ésta llevan a las montañas y mesetas occidentales, donde un clima benigno entre todos, una tierra fértil y un subsuelo aurífero atrajeron el torrente humano, para el que la resistencia de la dispersa gente mejicana fué fragilísima barrera. Mediado el pasado siglo quedó arrollada del todo.

El Mississipí y su artesa habían hecho el milagro de tal invasión. La cuenca del río mide 3.500.000 kilómetros cuadrados. El curso total, 7.000 kilómetros. El caudal, en estiaje, no baja de 8.000 metros cúbicos. El Tajo, cuya grandeza y majestad orgullosamente celebran nuestros poetas, arrastra, al salir de España, 20 metros cúbicos en verano; y el Ebro, en estado normal, va muy orgulloso si llega al Mediterráneo con 150. El Duero... ¡Pero no hablemos hoy del Duero!

Acabemos la visita a estas tierras norteamericanas diciendo que contienen todo un mar interior; los llamados Grandes Lagos, que vierten al Atlántico por el San Lorenzo, enorme grieta llena de agua; que los tres mares que bañan sus costas, del San Lorenzo hacia el Sur (Atlántico, golfo de Méjico, Pacífico), forman puertos magníficos: otras tantas entradas fáciles para el hombre, y excelentes encrucijadas comerciales; y que el clima es perfectamente siberiano, o extremadamente continental, con excesos tremendos de calor y frío en la costa del Este (salvo las proximidades de los mares antillanos), en el centro, y en las mesetas y desiertos occidentales, gozando, en cambio, de una perpetua primavera todo el litoral del Pacífico, equivalente en esto al litoral ruso de Crimea y a la cornisa caucásica del Mar Negro.

Más al Norte, en el Canadá, las características siberianas repítense con creciente fidelidad, aparte siempre el litoral del Pacífico.

El territorio norteamericano de Alaska es ya un trozo de Siberia.

III.—Sigamos hacia el Sur.

El mundo en que ahora penetramos es una incoherente amalgama de mesetas elevadas, desiertos áridos, estepas herbosas, selvas impenetrables y llanuras fértiles, en que el único tema natural constante, el solo elemento de coordinación, es el clima, contra cuya tiranía unificante apenas las mesetas se levantan con éxito. Pero esa unificación no se traduce en uniformidad. Contiene matices en cuya formación entran, colaborando con el calor y la humedad, la altitud y el suelo, principalmente. De esta colaboración resultan, dentro del clima intertropical, dos subclimas típicos: «el clima de los bejucos» lluvias continuas, dos metros de capa pluvial al año, como mínimo), donde la selva, eternamente verde, impera; y «el clima de las sabanas tropicales», doble, pues se extiende al Sur y al Norte del anterior, con lluvias atenuadas en ciertas épocas del año, a veces suprimidas algunas semanas; con selva menos continua, más penetrable, interponiéndose hacia el extremo límite de su dominio, entre las masas de arbolado, vastas praderías herbáceas.

Tal es el cuadro desde Méjico hasta el Sur del Brasil y el Paraguay, con la sola excepción de la línea de mesetas que comienza en la mejicana y, sostenida por los Andes, se prolonga, a lo largo del Pacífico, hasta Bolivia. Allí, en aquel reducto de la rebeldía (morfología contra climatología), el hombre se instaló, también rebelde, y prevaleció con la poderosa ayuda de la altitud.

Mencionado el hombre, queda completo el inventario de los elementos de civilización: riquezas, obstáculos naturales, mano de obra. La mano de obra americana prosperó libre de los climas «megatérmicos» (de altas temperaturas) y se refugió en las tierras elevadas, donde las temperaturas eran bajas, adaptándose, no sin dificultad, a las también bajas presiones atmosféricas. Y tal era el determinismo geográfico, que a los focos de civilización primaria siguieron puntualmente los de la colonial.

He aquí cómo, en vez de un inmenso continente social tendido de mar a mar, surgieron islas relativamente pequeñas, poco pobladas, formando un archipiélago sin unidad política, económica ni étnica: los Estados Desunidos frente a los Estados Unidos, según reciente frase feliz del Sr. Rodríguez Mendoza, ministro de Chile en España.

IV.—Pero también la América del Sur tiene su llanura inmensa, su río gigante (el mayor de los ríos gigantes de la Tierra), y también esa llanura inmensa y ese río gigante han engendrado un coloso político: el antes Imperio, hoy República de los Estados Unidos del Brasil. Y lo han engendrado precisamente sobre el descomunal y blando lecho de la selva ecuatorial, por el bejuco convertida en red impenetrable. Parece que la magnitud de la República brasileña me desmiente. No hay tal. Porque si los dos colosos allá se van en tamaño (Estados Unidos, 9.230.000 kilómetros cuadrados; Brasil, 8.300,000), difieren mucho en robustez: el uno es macizo; el otro está hueco. Quizás el del Norte no se halla tan sano como muchos piensan (tema importante que algún día tocaré); pero es ciertísimo que el del Ecuador nació enfermo y nunca sanará. De lejos parece otra cosa, harto lo sé. «A Amazonia selvagem sempre teve o dom de impressionar a civilisaçao distante... Aquella Natureza soberana e brutal, em pleno expandir das suas energias, e uma adversaria do homen... D'ahi em grande parte a paralizia completa das gentes que ali vagam, ha tres seculos, numa agitaçao tumultuaria e esteril». Así habla el ilustre (y desgraciado) escritor brasileño Euclides da Cunha en su libro *A marjem da Historia*.

El Amazonas, mucho mayor que el Mississipí, es infinitamente menos útil. No corre, como aquél, de Norte a Sur, cruzando zonas de diversa producción, sino de Oeste a Este, por tierras que, produciendo todas lo mismo, nada tienen que cambiar entre sí. Los

siete millones de kilómetros cuadrados de su cuenca (también la mayor del mundo) están desiertos, cual las tundras siberianas, tan impropias como ella para habitación del hombre. Por eso he dicho que el Brasil, dueño de tan infinitos espacios, está hueco.

De Norte a Sur sólo corren los ríos gemelos Paraná-Paraguay, pasillos naturales que van del Infierno Verde a la América Austral, donde el clima mesotérmico reaparece, y con él las vastas llanuras habitables, generadoras de vastos Estados. Entre Chile y la Argentina (3.500.000 kilómetros cuadrados), interpónense los Andes; pero, altaneros al principio, deprímense al fin hasta menos de 1.000 metros (Paso de Pérez Rosales). No hay, pues, aislamiento. Completan la vivienda 1.500.000 kilómetros cuadrados, ocupados por el Brasil meridional (San Pablo, Paraná, Santa Catalina, Río Grande), el Uruguay y el Paraguay. El litoral presenta entradas magníficas: Río Grande, el Plata, Bahía Blanca, de un lado; los espléndidos *fiords* chilenos, maravilla del Globo, del opuesto. La Patagonia no es un jardín; pero la Pampa brinda recursos incalculables, la llanura central chilena es un paraíso, las mesetas paranaenses son perfectamente colonizables; el Uruguay y Río Grande do Sul son tipos perfectos de opulentas regiones templadas.

En conjunto, esta vivienda geográfica cae por completo dentro del tipo de «tierras de humanidad», descrito por Brunhes y otros geógrafos. Su principal inferioridad respecto de las tierras análogas ocupadas por el coloso septentrional consiste en hallarse apartada de la gran corriente emigratoria que en pocas décadas ha dado a éste tan desmesuradas proporciones.

Pero ¿será así siempre?

¿No se notan ya, en el fiero león, síntomas de alguna enfermedad constitucional capaz de atenuar su acometividad y fiereza?

Harto merece tan importante materia capítulo, y aun capítulos aparte.

(*El Sol*. Madrid).

Los malditos

=De *El Espectador*. Bogotá=

MIRABA los árboles, los pasaentes, el agua del estanque lento. Podía ser un ingeniero reformador o algún vagabundo desorientado. Lo enfoqué detenidamente, con descaro. El me pinchó con unos ojos azorados y encendidos, penetrantes de mudez acusadora. Entonces yo, tonalizado en idiota, apenas logré medio decir:

—Perdone...

—¿Perdone qué?—me preguntó con voz ácida, orlada de cansancio.

—Que lo haya interrumpido—agregué con temor y recelo.

—Usted no interrumpe, amigo—prosiguió con erizada sorna.—Es incapaz de hacerlo. Le falta fuerza. Le falta espíritu.

—Bien. Concedo. Pero si soy incapaz de interrumpir, no lo seré para ayudarle en el examen que viene practicando. ¿Pudiera saber qué buscaba usted aquí?

—Algo muy bello y muy grande que nada importará a usted porque es mío, sólo mío, inexorablemente mío. Algo que tiene que estar viviendo entre los árboles de este parque.

—Si usted quisiera explicarse un poco más—le rogué sorprendido e interesadísimo por lo que estas palabras mostraban y dejaban adivinar. Mi alegría, y mi orgullo saltaron ágiles y vivos: se hallaban frente a «un caso».—

—Voy a complacer a usted, o mejor, voy a complacerme. Porque no vaya usted a creer que la exhumación que va a presenciar se hará por dar gusto a su alma. No, señor. Lo haré para deleitarme en ello, para beber nuevamente ese recuerdo terrible y confortante, para poder examinarlo otra vez y mantener viva la seguridad de que no ha muerto, de que no puede morir.

Nos sentamos en un banco aislado. El, hablando desde muy lejos del parque y de mí, inició la conversación con suavidad, con fatigada pausa, con cierto pálido dolor en las palabras como si fueran púas que lo hirieran al salir:

—Hace años, muchos, muchísimos, quizá más de mil, tuve una alegría enorme y luminosa, la única que ha engendrado esta vida flaca y que luégo ha sido madre de algunos instantes felices criados entre las penas como las flores de las charcas. Una prima mía, Raquel, morena, tensa, enfermadora como las atrevidas obras de arte donde el alma siente el vértigo de lo inconsciente y misterioso, habíase entrado en mi espíritu con manera alevosa y torturadora. Estaba toda en mí. Creaba mis pensamientos y mis palabras. Cultivaba mis alegrías y mis sufrires. Administraba despóticamente el pobre caudal de mis sentidos y mis sentimientos. Muchas veces el alma protestó de aquella peligrosa intromisión. Influído gravemente por ella—débil mujer que llevaba en el alma un pueblo agonizante y cuatro siglos de romanticismo pegajoso—me torné suave y compasivo: estuve en los jardines y las iglesias; amé los pájaros y los niños; anhelé el cielo y temí el infierno: llegué a ser mujer.

Cuando se secaban esos días un bambuco ágil y extraño dominó todo el pueblo. Era un reptil de música delgada y sombría, que tenía a intérvalos el cascabel ronco e implorante de los tonos mayores. Se arrastraba por las calles y por los corazones. Cierta noche lo oí desde mi lecho y su cadencia vino a decirme que él había nacido del cadáver de una raza que murió frente a la trepidación augusta de la selva o envuelta en el bramido de un mar cuyas olas hablaban en idiomas cargados de consonantes. Otra noche silbó entre la lluvia y las sombras, y entonces recordé el canto llano, las cinéreas notas del *Dies irae* que madrugarían a revolotear cual golondrinas bajo el ábside supremo.

Una tarde, hace más de cien años, el sol grueso y duro pintaba con rabia la cordillera tras de la cual iba a esconderse muy en breve. Su respiración palpitaba en el surtidor del jardín público, en la cabeza de los árboles silenciados y en la cara de algunas flores que todavía miraban hacia el cielo. Yo andaba con Raquel en ese día. El bambuco extraño, también untado de sol duro, ondulaba por las calles que comenzaban a dormirse. Y de pronto hubo un instante pleno, delineado con absoluta pureza, que se clavó en la tarde como una incrustación de oro en el seno de un cristal: todas las cosas, todos los colores y olores y sonidos, cuanto había de bello bajo aquella hora, se condensó agonizante en los ojos de Raquel. Y ella, con extrañas presiones en mi mano y con todo ese mundo de agónica belleza en los ojos, me dijo algo agudo y exquisito, que llegó silbando al corazón como la flecha que atraviesa mil círculos de oro antes de clavarse temblorosa en el blanco. Yo debí haber muerto en ese momento, cuando todas las cosas me hablaron desde sus aristas alargadas. Sí, debí haber muerto.

Esa hora, ese minuto, ese siglo es lo que estoy buscando, en este parque ajeno donde he tenido que domesticar todas las cosas: bancos y flores, árboles y senderos, para lograr que me devuelvan mi instante invalorable.

—Pero talvez ello es imposible—le interrumpí. Han pasado tántos años y tántas tierras sobre ese minuto envejecido, arrugado.

—¿Imposible? — De ninguna manera. Si así fuera habría que comenzar por destruir ese edificio que los magos y los espiritistas han levantado en la planada del misterio, en esa alcoba de la vida que diariamente lanza su arroyo hacia la tierra de los hombres. Así como las almas se quedan viviendo con nosotros, también deben quedar las horas, los minutos, cuanto existió con vida propia que ya nunca podrá acabarse, puesto que el solo hecho de ser los incapacita eternamente para dejar de ser. Las almas y las horas, invisibles y espirituales, están formadas con hilos de tiempo y de misterio. Por eso perduran todas. Y a veces cuando la naturaleza vuelve a pasar por el punto que atravesó hace siglos, si estamos alertas en ese instante sentimos que todas las cosas se pulen y se arreglan para darnos la sensación exacta, infalsificable, de lo que hace tiempos vibró en nuestra alma.

—Pero para ello deben necesitarse el mismo paraje y la misma compañía de seres y de ambiente.

—No es necesario. Basta tener en cuenta que estos árboles son exactamente iguales a los de aquel pueblo. Esta agua es hermana legítima de la del surtidor; tarde o temprano, en el cielo o en la tierra habrán de juntarse para ser idéntica materia. Las piedras de aquí son iguales a las de allá. El mismo aire, el mismo sol, el mismo cielo. Y la música que a veces pasa por estas éras tienen la misma agilidad y el mismo color y ondulamiento del bambuco lejano.

—En eso tiene usted razón.

—Claro que la tengo, Y sigo: como dije a usted, he tenido que domesticar y adiestrar todos los elementos de este parque y de fuera de él, pues usted bien comprende que para

coger un paisaje bello y verdadero no basta lo que vemos con los ojos. Los colores, los sonidos, el cielo lejano, el grito de las plantas resecadas, un arroyo que no se oye ni se ve, la risa de una mujer muerta, una canción que se cantó hace cien años, el dolor de las estatuas cogidas en la trampa del mármol: todo ello viene a constituír ese paisaje que es grato alimento del espíritu y orgasmo invalorable del artista. Los otros paisajes, los que se acostumbran por aquí, suelen conseguirse con diez por ciento de descuento en droguerías y almacenes. Tratando de componer mi cuadro he gastado horas y horas. Muchas noches el sol ha salido en mi cabeza, y después de cuatro o cinco vueltas que le he obligado a dar como hacen los equitadores con las bestias indómitas, ha ido a esconderse tras de una cordillera levantada en el cerebro, salpicando en su caída los árboles y el agua de un surtidor inteligente.

Trabajando horriblemente, malditamente, como una pesadilla condenada en el penal de un loco, he llegado a un resultado maravilloso; suprimí estos pabellones donde enseñan pintura y escultura, pues usted bien sabe que en los pueblos no se conocen los unos ni las otras; desarmé los bullosos tíosvivos y los arrojé a las tinieblas exteriores del desprecio; las estatuas fueron arrancadas de raíz y aventadas al camino oscuro del olvido. Después recorté la cabellera de los árboles—¡son tan altos estos eucaliptus y eran tan bajos los pinos del jardín de mi pueblo!—Achiqué el estanque. Por último, con hondo dolor, destruí la bella asimetría de las éras para reemplazarla con los imbéciles rectángulos trazados por un idiota concejal.

Una tarde, hace ocho días u ocho años, no recuerdo bien, todo estaba listo para devolverme la hora que hace siglos vengo buscando. Hasta la sabana parecía haber arqueado el lomo en vaga parodia de unos Andes tras de los cuales se hundiría el sol después de representar su papel tántas veces ensayado. Llegó el momento pleno. Se sintió algo extraño y nunciativo, ese vago zumbido que en el silencio anuncia la hora que va a desgajarse y que es como un recuerdo anterior—tengo que decirlo así—del sonido que irá a morir rayando el aire ondulado. Mi alma se abrió como una flor gigantesca de esas que atrapan los insectos zumbadores. Se hizo el abismo en ella. Todas las cosas sintieron despertar esa fuerza dormida que las impele a caer. La música atenuada era como el cuerpo astral de aquel bambuco untado de sol duro que andaba por las calles somnolentes. Llegó el instante... ¡Ah, maldición! Maldita mil veces aquella tarde enferma y podrida. ¡Maldita aquella hora prostituta que tan hondamente me burló. ¡Malditas!...

Creí que iba a caer muerto. La palidez corría desesperada por su rostro, por sus manos. Refuerzos de cólera le subían atropellados hasta los ojos. El pecho estertoraba horriblemente como el de los asmáticos que terminan. Intenté dominarlo, consolarlo:

—No se agite usted tanto. Le hace daño enorme. Otro día será más afortunado.

—Maldita esa tarde; maldita esa hora; malditas—prosiguió incansable, como si el mecanismo de las palabras se hubiera roto y ya sólo pudiera repetir eternamente esas maldiciones.

Al cabo descansó un poco. Me miró con ojos dorados y prosiguió:

—En el instante preciso noté que el paisaje estaba incompleto, rebajado en su parte viviente, falsificado por alguien que se entretiene en deshacer lo que tan penosamente preparo. Faltaba la bola blanca y juguetona del perro de Raquel. Y sobraba ese inicuo, ese canalla fotógrafo que con la sucia máquina de instantáneas atravesó la senda cortando el rayo de sol que venía directamente a levantar en mi corazón el cadáver de las palabras, que en la tarde lejana me dijo Raquel. Maldito el perro que faltó y maldito el fotógrafo que sobró. Maldita la hora podrida y maldita la tarde prostituta. Malditos. Malditos...

Se había roto nuevamente el resorte de las palabras. Y sólo las maldiciones se atropellaban mecánicas en su boca contraída.

Me dieron miedo sus ojos dorados y terribles. Y sus manos inquietas con vagas insinuaciones de exterminio. Sentí dolor enorme al considerar la tortura de este pobre desgraciado que iba buscando una hora como quien busca una moneda perdida. Traté de calmarlo otra vez. Puse miel y aceite en las palabras. Pero él suplicante y desfallecido, me rogó que lo dejara solo.

Hoy, después de cuatro días, lo he vuelto a ver. Llevaba en los ojos el mismo líquido dorado y alarmante de la pasada ocasión. Estaba alegre, raramente alegre. Su cuerpo emergía de una onda de felicidad espesa. En su rostro, como en las que van a ser madres, había extraños resplandores. Examinaba los senderos, los árboles, el agua lenta. Traté de ocultarme para mejor mirarlo, pero él vino rápido hasta mí y, como si largo rato hubiéramos estado conversando, me habló gozoso:

—Ya se van todos. Me han obedecido presto. Cómo les agradezco. Sólo tuve que resistir dos atroces minutos de autosugestión. Ello bastó. Ya se van. Salen las niñeras idiotas. Salen los militares fanfarrones y pintados. Se van los agentes cansados. Se van los pobres novios que hoy nada nuevo pudieron decirse ni palparse. Salen los oficinistas a quienes el encierro de cuatro paredes hace correr en busca de cielo y de aire. Sólo quedan algunos estudiantes empeñados en vaciar toda el alma dentro de los libros que les dieron para extraer espíritu. Mire usted. Todo se alista conforme a mi gusto y deseo. Soy un gigantesco director de escena. Me río del mísero, y sanguinario Josué. Yo no sólo detengo al sol sino que lo hago retroceder, avanzar, desviar. Las piedras, los árboles, el agua, las canciones muertas, los hombres presos en el mármol: todo se mueve y se ordena al impulso de mi voluntad terrible. Ya se marcharon los pabellones, llevándose de paso las estatuas y los estudiantes. Los árboles están perfectamente recortados. El estanque ha decrecido. Ese sol es el mismo que hace siglos se escondió tras de los Andes y muchas noches, ha nacido y muerto dentro de mi cabeza. Oiga usted esa música, que llega desde muy lejos. Es el bambuco olvidado, que ahora surge ondulante y ronco en el nudo de las tónicas mayores. Se largaron los fotógrafos. Llegó el perro blanco y redondo de Raquel. Detrás viene ella. Mírela usted. Es aquella, aquella ¡Raquel! ¡Raquel!...

—Pero no grite usted tanto. ¡Qué escándalo! Esa señorita no es ninguna Raquel, ni cosa que se le parezca. Es una me-

canógrafa despedida, que viene en busca de trabajo, es.......

—¡Maldito, maldito, maldito— me gritó con voz de Estentor. ¡Maldito! Tu palabra idiota, como la carcajada de los irreductos, ha desvanecido la bella realidad y ha puesto en fuga al espíritu enojado. Imbécil. Maldito tu que sobraste, que sobras y sobrarás siempre eternamente, como el fotógrafo canalla. Maldito, maldito.....

Corrí a traves de la arboleda. Y todavía ya desde muy lejos, me llegaba la voz ácida y espantosa, horriblemente dura como los sonidos de un mecanismo falto de gobierno: maldito, maldito, maldito.....

José Restrepo Jaramillo

Abril de 1926.

Correspondencia

El hábito de la intervención armada

Al Editor del
New York Times

¿Puede quien acaba de dedicar dos meses a investigar la opinión pública en la América Central, y quien hace apenas dos semanas abandonó Nicaragua, expresar un punto de vista algo diferente al del editorial del *Times*. «No por el placer»?

Concuerdo con la posición de ustedes de que al presente los Estados Unidos no están divirtiéndose mucho con la intervención en Nicaragua. Ni el Presidente Coolidge, ni el Departamento de Estado, ni Charles E. Hughes están gozando con los crecientes enredos en que nos ha metido la intervención en Nicaragua. Pero presumir que esta intervención fue un asunto de necesidad y decir, como dice su editorialista, «aparecemos como habiéndo sido compelidos a agarrar un león montés por la cola», me hace preguntarme si no han sido ustedes engañados por las apariencias, y quizá hasta por Mr. Hughes. En La Habana ha dicho Mr. Hughes:: «Queremos ver a Nicaragua fuerte, próspera e independiente. Entramos a hacer frente a una exigencia imperativa pero temporal, y nos retiraremos tan pronto como esto sea posible». Hermosas palabras, ¿pero les llevarán el convencimiento a los recelosos latinoamericanos cuando los hechos del Tío Sam durante los últimos dieciocho años las han desmentido?

Primero.—Los marinos yanques han estado tres veces en Nicaragua desde 1910. Por espacio de trece años, desde 1912 a 1925, estuvieron estacionados allí. Después de que fueron retirados en 1925 tan sólo transcurrieron diecisiete meses para su nuevo envío. Durante las últimas dos semanas hemos enviado 1.000 más. En consecuencia, nuestra intervención militar está bajo la sospecha de ser más que «una exigencia temporal». Está ya empezando a parecer un hábito.

No se ha consultado a otras naciones.—Segundo.—Cada vez que hemos intervenido lo hemos hecho sin consultar a otros países latinoamericanos, o a alguien de un carácter internacional, o de algún carácter que hubiese tenido un interés que fuese imparcial o independiente del nuestro propio. El hecho de que ciertos presidente de Nicaragua hayan implorado el sosten de los marinos yanques no significa nada absolutamente para los centroamericanos, excepto que esos presidentes han sido políticos y posiblemente tiranos inseguros del afecto de sus propios pueblos y deseosos de apuntalar su posición con el poder de los Estados Unidos. Menospreciamos dos sentencias de la Corte de Justicia Centroamericana que iban contra nuestros deseos en un tratado con Nicaragua que nos da derechos canaleros y una base naval, tratado que la Corte declaró violatorio de derechos anteriores de Costa Rica y el Salvador. Habíamos ayudado en 1907 a la creación de esta Corte, pero el envalentonar a Nicaragua a ignorar sus resoluciones y al ignorarlas nosotros mismos, matamos la Corte.

De nuevo en 1926, cuando era asunto discutido si Adolfo Díaz o Juan Sacasa era el Presidente de Nicaragua por derecho constitucional, no convocamos a consulta sobre este punto a las repúblicas de Centro América que habían firmado los Tratados de Washington de 1923, delineados bajo nuestros designios con el expreso propósito de prevenir el reconocimiento de los usurpadores. En su lugar optamos por decidir a nuestra propia costa que Díaz era el Presidente constitucional y lo reconocimos en tres días. Entonces nuestros marinos, al mando del Almirante Latimer, llegaron hasta el extremo de darle órdenes al Dr. Sacasa en su propio país, de que abandonara dentro de dos horas Puerto Cabezas.

Se nos apellida déspotas.—Si la prueba de la agresión es la invasión de un país o el rechazo a arbitrar, o a ser limitado por las sentencias de una corte internacional, entonces nosotros somos un poder agresor en Nicaragua. Sé que pueden alegarse excusas técnicas y legales, pero cuando nuestra intervención ha cobrado una tasa de 274 vidas nicaragüenses—o más, probablemente, y sin contar las muertes ocasionadas por dos intervenciones previas, o cualquiera de nuestras propias muertes—algo más que una justificación técnica es necesario. Y nada se remedia llamándola deber de policía, porque nuestros amigos latinoamericanos observan que en cada caso los Estados Unidos, como enorme policía, son juez, jurado y ejecutor, todo en uno. Podemos nosotros mismos asegurarnos que no somos imperialistas o agresores, pero todos los déspotas parecen tener poder para librarse por sí mismos del temor.

Tercero.—Si realmente estamos interesados en una Nicaragua «fuerte, próspera e independiente» ¿cómo es que hemos prestado una contribución constructiva tan pequeña al bienestar del país en que nuestros marinos han estado por más de quince años? Un nicaragüense, que cultiva la morera y el gusano de seda, me dijo cuando estuve allá: «Algunos de nosotros preferiríamos que los Estados Unidos establecieran un protectorado sin tardanza, en lugar de hacer lo que han estado haciendo. Hemos tenido todas las desventajas de la intervención y no las ventajas. En las Filipinas y Puerto Rico habéis hecho caminos y escuelas, pero en Nicaragua no nos habéis dado ninguna de esas ventajas».

Una excepción a ese capítulo de acusaciones es la contribución espléndida a la salud hecha por la fundación Rockefeller en su lucha contra la ankilostomiasis, la malaria y las enfermedades tropicales. Pero la iluminación de esta filantropía privada arroja hacia un contraste más profundo la oscuridad de nuestra historia al haber hecho cosa tan pequeña. Porque aun cuando se probara que nuestra administración de las aduanas de Nicaragua fue perfecta y que el control yanque del Banco Nacional y del ferrocarril ha sido un beneficio para Nicaragua, quedará aun como cosa cierta que nuestra participación ha sido con la mira de un provecho financiero para nosotros mismos.

El Tio Sam no ha construído el ferrocarril de Nicaragua ni ninguna carretera pública, ni ninguna universidad o escuela. Ví una universidad y una escuela en donde nuestros marinos habían acampado arrojando a maestros y alumnos a la calle. Si hubiéramos intervenido con tantos maestros de escuela, médicos, trabajadores manuales e ingenieros técnicos, como hemos intervenido con soldados,

Nicaragua se encontraría hoy mucho más cerca de la meta de ser «fuerte, próspera e independiente». Pero como están hoy las cosas, hay la comprobación de que la educación ha retrocedido. A más de una persona oí decir que está en una condición tan lastimosa hoy como no lo estuvo antes de ninguna de nuestras intervenciones.

Ahora bien, podemos no intervenir «por el placer de intervenir» pero esto no es una coartada para manchar el negocio. Si Nicaragua deriva poco o ningún bien de esta intervención, si la América Latina la repudia, y si nosotros mismos no disfrutamos un placer, ¿por qué continua? ¿Quizás la necesidad severa que nos llevó por ese camino fué debida algo a nuestra propia torpeza?

John Nevins Sayre

New York, Enero 25. 1928

Trad. para el Rep. Am., *del* New York Times *del 29 de enero de 1928*

Sociedad Liberal Georgista
Sarmiento 487 - 3.º
Bs. Aires
Rep. Argentina.

Junio 5 de 1927

Sr. J. García Monge,
Director de
Repertorio Americano
San José de Costa Rica

Muy señor nuestro:

Esta Sociedad ha visto con muy viva complacencia la lisonjera y autorizada publicidad que esa revista ([1]) ha dado a las partes más enjundiosas del libro *América* de nuestro querido correligionario Arturo Capdevila, donde con incuestionable acierto y forma seductora señala a los pueblos americanos el positivo derrotero de reformas que decididamente deben seguir para salvar su soberanía menoscabada y para elevarse dentro de ella a brillantes, potentes y novedosas alturas de justicia y opulencia.

Urge mucho que sea descartada en la mente de los intelectuales iberoamericanos la subconsciente presunción de que los problemas nacionales, y sociales en general, son materia a resolver mediante declamaciones y apóstrofes encendidos contra la «burguesía» o el «imperialismo», basados solamente en falta de conocimiento o en falsas nociones con aspecto científico, recibidas sin suficiente crítica como verdades auténticas.

Las cuestiones sociales modernas (y en gran parte las de todos los tiempos) son esencialmente cuestiones económicas, según ya lo enseñaron los economistas clásicos, y no son la seudo-ciencia marxista ni las fantasmagorías anarquistas las que pueden dar pauta para su efectiva solución.

No hace muchos años que algunos hemos tenido en este país la suerte, lo mismo que Capdevila, de recibir contacto con las profundas enseñanzas de Henry George, el gran pensador norteamericano (el más grande y fuerte cerebro, a nuestro entender, que ha producido el Continente) y cuyas lecciones, por circunstancia paradojal, resultan ser la mejor arma para defendernos de la absorción yanque.

Es preciso que órganos de imparcial y elevada cultura, como lo es el *Repertorio Americano*, se empeñen en hacer conocer la existencia de dichas doctrinas y suscitar su estudio concienzudo, único modo de contrarrestar eficazmente el calculado silencio que la prensa plutocrática mundial—y muy especialmente las plutocráticas universidades de la propia patria del maestro—vienen desde largos años ejerciendo para retardar el momento en que los pueblos las empleen como arma de redención contra los espurios intereses que ellas defienden.

A pesar de todo, la causa georgista es ya internacional y poderosa, como lo prueba el haberse congregado en Copenhague, en julio del año pasado, una conferencia con 400 delegados procedentes de 26 países. Ningún intelectual de Ibero-América puede excusarse de conocer los libros de Henry George, dado que todos ellos se hallan traducidos al español, mientras en Francia, por ejemplo, sólo hace pocos meses se puso en circulación la versión de su obra fundamental *Progreso y Miseria*.

Saludamos a Ud. con la más cordial simpatía,

Por la *Sociedad Liberal Georgista.*

C. Villalobos Domínguez
Presidente

(1) Véanse las entregas 12 y 13 del volumen XIV.

A. P. R. A.
Frente Unico de Trabajadores Manuales e Intelectuales de la América Latina. Sección mexicana.
México D. F.

26 de diciembre de 1927

Al compañero
Joaquín Garcia Monge
San José. Costa Rica

El Comité Organizador de la Sección Mexicana del *APRA.*, se hace un deber escribir a usted para expresarle su reconocimiento por la eficaz colaboración que a nuestro Partido Antiimperialista viene prestando *Repertorio Americano.*

Ninguna labor de propaganda de más efectivos resultados podría tener el Frente Unico de Trabajadores Manuales e Intelectuales de América Latina, que la realizada por órganos de la prensa independiente indoamericana bastantemente vinculados y prestigiados en nuestros países, como lo es la revista de su dirección.

El Partido Antiimperialista que representa el *APRA.*, ha entrado a un período de intensa actividad, ya que a la hora presente, el futuro económico de los pueblos de nuestra América, está más que nunca amenazado por el imperialismo de los Estados Unidos del Norte, cuya fuerza expansiva no podremos detener, si conscientes del peligro inminente que nos asecha, no realizamos la unión política y económica de todos los pueblos Latinoamericanos, a fin de equilibrar y detener el desborde del Imperio Yanqui.

El caso doloroso de Nicaragua nos está demostrando lo que significa para el futuro de nuestro Continente, el concepto erróneo de la soberanía absoluta de nuestros pueblos, que basados en este derecho, entregan al explotador yanqui todas sus fuentes de riqueza, comprometiendo no sólo la suerte de un pueblo, sino la de toda la América India. Claro está que estas entregas se efectúan por gobiernos impopulares, considerados en la lista de los vendidos al oro yanqui y sostenidos por éste; pero de los cuales se aprovecha el gobierno de los Estados Unidos, para legalizar, basado en ese derecho absoluto de soberanía, las concesiones territoriales más peligrosas para la integridad futura de nuestra América. Nicaragua debe ser la última lección amarga que la unión económica de los pueblos sajones que forman el Imperio Americano, dén a la América Latina, desunida y desorganizada, a pesar de los tres factores imperativos que debieran unirla: la raza, la historia y la necesidad económica.

«Juntarse es la palabra de orden»—ha repetido Haya Delatorre. Y ya para nadie es un secreto que nuestros países debilitados por sus divisiones internas y a merced de gobiernos al servicio de la plutocracia yanqui, están permitiendo la colonización de sus territorios por los capitalistas de Estados Unidos, que explotan nuestras riquezas, utilizan despóticamente el trabajo de nuestras masas indígenas y nos desprecian como raza. Debemos, pues, juntarnos respondiendo al llamado

de la época histórica que nos ha tocado vivir, y que señala a las nuevas generaciones manuales e intelectuales de la América Latina, la responsabilidad de esta misión. A nosotros, obreros intelectuales, menos al margen del realismo de la vida que nuestros antecesores, es a quienes corresponde la labor de difundir los nuevos postulados de unión y de lucha antiimperialista proclamados por el *APRA.*, en todos los países de nuestra América, empleando todos los medios de propaganda y poniendo al servicio de esta causa los mayores esfuerzos. Debemos contrarrestar los efectos de la propaganda—respaldada por millones de dólares—que realiza el imperialismo yanqui, interesado en presentarnos ante el mundo como raza inferior, en estado de barbarie, a quien se debe civilizar mediante la colonización.

Que *Repertorio Americano* lleve siempre los mensajes del *APRA*, que sea nuestro vocero a través de toda la América India, y principalmente en Centro América, que hoy está representando un trascendente papel en la historia, y que sea por medio de usted, compañero García Monge, que estrechemos los lazos de fraternidad que ya empiezan a unirnos y que serán los que determinen el destino de nuestra América.

CONTRA EL IMPERIALISMO YANQUI; POR LA UNIDAD POLÍTICA DE LOS PUEBLOS DE AMÉRICA; POR LA REALIZACIÓN DE LA JUSTICIA SOCIAL.

JOEL POZOS

MAGDA PORTAL

Por el Comité Organizador de la Sección Mexicana del *Apra*.

GUILLERMO TARDIFF

Tablero
=1928=

Deploramos que *Cuba Contemporánea*, de la Habana, haya cesado de publicarse. Era un excelente mensuario que honraba al pensamiento de nuestra América. Lo esperábamos y leíamos con interés especial. Llegó al N.º 176, distribuido en XLIV tomos. Un gran esfuerzo editorial, como se ve; una empresa menos de cultura en esta América en donde toda luz espiritual es poca. Qué lástima!

Señas de escritores.—Jorge Basadre. Av. Piérola, n.º 235. Lima. Perú.

Gabriela Mistral.—O. M. C. P., 40. Cannebiere - Marseille - France.

Con la página lírica de Gassol, estas líneas complementarias de su traductora, en carta reciente y privada al Editor del *Rep. Am.*:

Ahora, con ésta le envío una selección de poesías del libro *Amfora*, del gran poeta y patricio catalán Ventura Gassol. Estas figuran en mi próximo libro *Exaltación*, que muy pronto verá la luz, y le ruego que me las publique lo más presto que usted pueda, porque Gassol anda en viaje de peregrinación nacional, viajando por América. Ha salido el 7 de Bruxelles, para la Argentina, e irá por Chile, Perú, Méjico, Cuba,... y esta página será la que lo presente en América. Le ruego que ponga su alma, comprensiva y cordial, en contacto con la gran alma de Gassol, hombre de otros tiempos, por su honradez moral y su actuación desinteresada en los problemas de su pueblo. Yo lo he visto vivir de cerca y le aseguro que es casi un alma en estado de gracia. Le acompaño una nota, a las traducciones, para una página lírica. Si usted quiere darle una satisfacción, envíele el *Repertorio* donde se publique, a Uruguay, Montevideo, *Centre Catalá*. Ibicuí 1263. Así lo recibirá más pronto, que si me lo enviara a mí y yo se lo reenvío a él a América. Gassol es también, además de un poeta en la verdadera extensión del vocablo, un escritor lírico, y colaborará directamente en el *Repertorio*, si usted lo estima.

Donación de THE COLUMBIA UNIVERSITY PRESS (2960 Broadway. New York City):

Iris Lilian Whitman: *Longfellow and Spain.* Instituto de las Españas en los Estados Unidos. New York. 1927. Precio del ejemplar: $ 2.60 oro am.

Rebeca Switzer: *The Ciceronian Style* in Fray Luis de Granada. Instituto de las Españas en los Estados Unidos. New York. 1927. Precio del ejemplar: $ 1.90 oro am.

Indice. — Manuel Gonzalez Prada: *Horas de lucha.* Segunda edición. Callao. 1924. Donación de la *Biblioteca González Prada*, del Cuzco, Perú.

Salarrué: *El señor de la burbuja.* Novela. San Salvador. 1927. Donación del autor: Salvador Salazar Arrué, cuentista salvadoreño acreditado.

Julio Enrique Avila: *El mundo de mi jardín.* La lámpara del silencio. Cuentos. Almas de libros. Motivos. Aguasfuertes. 1922-1927. San Salvador. Donación del autor.

Luis E. Valcarse: *Tempestad en los Andes.* Biblioteca AMAUTA. Editorial Minerva. Lima, 1927. Donación del autor, en el Cuzco, Perú.

Mariano Ibérico Rodríguez: *El nuevo absoluto.* Editorial Minerva. Lima. 1926.

Julio Cuadros Caldas: *México-Soviet.* Santiago Loyo, editor. Puebla. México. 1926. Donación del autor.

Ernesto Torrealba (Sazíe 2363. Santiago de Chile): *Estampas prohibidas.* Colección de autores selectos hispano-americanos. 1927. Casa Editorial Franco-Ibero-Americana. París.

Extractos y referencias de estas obras, se darán en próximas entregas.

Apreciación

Ciudad, febrero 27 de 1928.

A Blanca Milanés
S. M.

He leído con gusto *Música Sencilla*, el libro que tuvo Ud. la gentileza de darme, y que tan bellamente editado acaba de salir a luz.

Es Ud. un poeta que se exalta ante la naturaleza, la que vé Ud. tocada por ese dón de perpetua primavera que caracteriza su país. Tan optimista y tan lleno de unción muéstrase su espíritu ante la hoja y la ráfaga, ante la estrella y la nube, que cuando advierte la presencia del dolor humano, escondido a veces hasta en la sonrisa del niño, muévele éste sólo al comentario suavemente melancólico que lo tamiza, como el vitral la luz muy viva en el cuarto del enfermo.

En género tan difícil como el poema en prosa, donde Baudelaire siguió a Bertrand casi con temor, consigue usted indudable éxito, sobre todó cuando llega al corazón mismo del paisaje. Ya conocía cosas suyas por su colaboración en el admirable *Repertorio*, y es por esto por lo que no me ha sorprendido el éxito de su libro, digno de pasar bajo triunfales arcos, en esta noble ciudad en donde toda manifestación de talento sabe ser gustada y admirada.

Soy de usted devotísimo,

G. Castañeda Aragón

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación.
Misceláneas y Documentos.
Publicado por
J. García Monge
Apartado Letra X
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	₡ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El año, para el exterior: 2 tomos de 24 entregas cada uno	$ 6.00 oro am.

AVISOS:
La pulgada cuadrada: 20 cts. oro la inserción.
En el contrato semestral de Avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Un estante de libros escogidos

En la Administración del REPERTORIO AMERICANO se venden los siguientes:

Francisco Contreras: *El pueblo maravilloso* (Novela)	₡ 3.50
Horacio Franco-Fombona: *Crímenes del imperialismo norte-americano*	4.00
Joaquín Rodas M: *Morazánida*	4.00
Roberto F. Giusti: *Florencio Sánchez* (Su vida y su obra)	3.00
Roberto F. Giusti: *Enrique Federico Amiel en su Diario Intimo*	3.00
Samuel A. Lillo: *Cantos filiales*	4.00
José Chovenda: *La condena en costas*	
A. L. Valverde: *Historia del comercio*	7.00
Rafael Heliodoro Valle: *Anfora Sedienta*	3.00
Guillermo Jiménez: *La de los ojos oblicuos*	2.50
Pedro Calamandrei: *Demasiados abogados*	4.75
R. Saleilles: *La posesión de bienes muebles*	10.00
J. Stuart Mill: *Autobiografía*	1.50
F. de la Vega: *Ideas y Comentarios*	5.00
E. Ziamatín: *De cómo se curó el doncel Erasmo*	2.25
Jaime Torres Bodet: *Margarita de niebla*	3.00
Medardo Angel Silva: *Poesías escogidas*	2.00
Luis L. Franco: *Coplas del pueblo* (1920-1926)	3.00
C. O. Bunge: *Historia del Derecho Argentino* (2 vols.)	10.00
Máximo Gorki: *Malva* y otros cuentos	0.50
Poema del Cid. Texto y traducción	2.00
R. Fernández de Velasco: *Los contratos administrativos*	13.50
José Vasconcelos: *Ideario de acción*	1.50
J. Ortega y Gasset: *Espíritu de la Letra*	3.50
Arturo Borja: *La flauta de ónix*	2.00
M. Meunier: *La leyenda de Sócrates*	3.50
Benito Lynch: *Las mal calladas*	4.00
R. Benedito: *Natura.* Cantos infantiles (Pasta)	8.00
Alberto Guillén: *Deucalión*	2.00
Xavier Icaza: *Gente mexicana.* (Novelas)	3.00
Santiago Argüello: *El alma dolorida de la Patria*	3.00
Rodolfo Sohm: *Instituciones de Derecho privado romano* 17.ª edición	17.00
Enrique Heine: *Memorias y Cuadros de Viaje*	**5.50**
Jorge Mañach: *Estampas de San Cristóbal*	4.00
Alfonso Reyes: *Cartones de Madrid*	1.00
Alberto Guillén: *El Libro de las Parábolas*	2.00
José Carlos Mariátegui: *La escena contemporánea*	3.00



Lado Oeste Foto Hernández

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica